



No con los ojos, sino con el corazón,  
han de leerse ciertas historias.

**P**ARADAS bajo el cobertizo que había á espaldas de la estación, la *Estrella* y la *Roja*, uncidas á una carreta, rumiaban tranquilamente su pienso, mientras que su conductor, un chicuco que no contaría aún catorce años, recio y guapote como el angelón de un retablo, las contemplaba, sentado á usanza moruna, en el bendito suelo, fuera del porche.

Los luceros refulgían como pupilas de diamante en un cielo azul claro; una brisa saturada de emanaciones á heno empujaba suave las cañas de los maizales, que parecían inclinarse reverentemente para susurrar una oración en aquella noche estival.

Gildo volvió rápido la cabeza al oír el ruido trepidante peculiar de un tren en marcha.

Púsose en pie, dirigió una mirada de inspección á las vacas, que proseguían tarda y perezosamente rumiando, y encaminóse al minúsculo andén de la estación.

El jefe, un viejo rechoncho, coloradote y risueño, encontrábase ya en su puesto, provisto de farol y campanilla: al ver á Gildo, le saludó.

—¿Tú por aquí, mozcú?.....

—Sí, señor— afirmó el aludido llevándose la diestra á la boina.

—¿Y tu padre?.....

—Bien está; quedóse en casa al *cuido* de la *güela*.

—¡Qué!..... ¿Está mala la vieja?.....

—Dióla esta mañana un mal que la dejó sin *sentío*, y como la *probe* tié tantismos años.....

—¡Vaya por Dios, hombre!.... ¿Y tú qué haces por aquí á estas horas?....

—Vine á traer una carga al molino.... En el soportal he *dejao* las vacas descansando.... *Cuanti* pase el tren *mos vamos* á casa.

—Te gusta ver el tren, ¿eh?

—¡Ya lo creo!....

—No me extraña, hijeco, ¿qué ha de extrañarme?... A mí me han salido los dientes en este trajín, y siempre que recibo un tren se me pone carne de gallina.... ¡Palabra de honor, que de gallina!.... No hay nada en el mundo más imponente que una máquina en marcha, porque....

Habría seguido el jefe largo rato de palique, si no le cortara el discurso un silbido imperioso que atronó por un momento el valle.

Surgió en la lejanía, á la entrada de un desfiladero, una masa negra, sobre la que brillaban como ojos enormes y sangrientos las farolas encarnadas de la locomotora; los ojos agrandábanse á medida que avanzaban, reflejando su luz roja sobre la vía; hacíase más sensible la trepidación del terreno y algo parecido al resollar de un monstruo; la máquina arrojaba espesas bocanadas de humo, y llegaba rugiente á la estación sembrando su camino de brasas encendidas.

Hizo alto el convoy: el jefe gritó mientras tendía el farolillo hacia la máquina:

—¡Villabrines, un minuto!

Gildo, apegado al viejo, contemplaba los coches parados frente á él, y no pudo reprimir, ni tampoco su acompañante, un gesto de sorpresa al ver bajar presurosas de uno de los departamentos de lujo á una señora joven y una niña como de doce años....

—¡Es raro esto!—masculló el jefe, que se pasaba los años sin recibir viajeros de tal fuste.

Y el pobre viejo, que ejercía las funciones de jefe, factor y mozo, todo por cuatro pesetas al día, corrió hacia el furgón de cola, seguido del chieneco; hizose cargo del equipaje, compuesto de tres baules enormes, amén de dos maletas, y volviendo á repasar el andén, tocó parsimonioso la campanilla para dar salida al convoy. La máquina replicó con un pitido ensordecedor, y rompiendo marcha alejóse el tren vega adelante, ruidoso, magnífico, imponente....

Gildo quedóse quieto en el andén fisgando el grupo que formaban las viajeras y el jefe.... Parloteaba el viejo á su sabor é interrumpíale á ratos la señora con voz finísima y dulce que sonaba á música. Del diálogo sólo llegaron hasta el mozo unas frases sueltas en las que andaba mezclado el nombre de ti Nastasia, una viejeca de su pueblo que vivía sola hacia ya muchos años, y á la hora presente encontrábase enferma y á punto de saldar la deuda que todos contraemos al nacer.

Envolvía á las mujeres la melancólica claridad de la luna, y Gildo, extasiado, contemplábalas con los ojos muy abiertos. ¡Por San Juan bendito, que las tales debían de ser princesas, ó cosa así, á juzgar por la hermosura de sus caras, la elegancia de sus cuerpos, el aire majestoso, la riqueza de sus vestidos y joyas, y el perfume sutil que se desprendía en torno suyo.... Ni las hijas de D. Máximo, el *indiano*, que tanto ruido metían en el pueblo por lo bonitas, adineradas y elegantes, podían compararse á aquellas desconocidas señoras.... La niña, sobre todo, fué la que mayor admiración produjo en su ánimo; una admiración en la que iba envuelta una ternura misericordiosa....—¡Mira, decía, que la *probe* está pálida y flacucha, angeluco de Dios!.... Debe de ser de los Madriles.... De ahí es de donde viene toda la gente con cara de acelga, como si tuvieran ictericia....—En cuanto á la señorona, también estaba pálida, con la palidez de los anémicos: un livor que, á la luz de la luna, parecía hecho con carbón sobre las mejillas, al ras de los párpados, agrandaba sus ojos por modo extraordinario, dando á su mirada una expresión que á Gildo, sin saber por qué, le sobrecogía y azoraba....

Seguía embobalado el mozo en su contemplación, ardiendo en curiosidad por averiguar quiénes pudieran ser las viajeras y cuál el término de su viaje, cuando rompió el hilo de su embelesamiento la voz del jefe, que le llamaba.

Acercóse Gildo un tanto azorado por verse tan cerca de las desconocidas.

—¿Qué manda usted, D. Próspero?—tartamudeó.

—Mira, la señora y su hija—indicó el jefe sin más preámbulo—van á casa de ti Nastasia; ya sabes, la que recibió el Señor el domingo. Bueno;

pues las llevas en tu carreta, que el viaje es largo y pesado, y la señora sabrá corresponder contigo. Conque ¡halala!, dispón lo mejor que puedas el carro.....

—¿Va el equipaje? — preguntó Gildo.

— El señor jefe será tan amable que lo retenga en su poder hasta que yo mande á buscarlo — indicó con su voz dulce y armoniosa la aludida.— Ahora no llevaremos más que los bultos de poco peso.

— ¡Bien está, señora! — murmuró Gildo, que giró sobre sus talones, dirigiéndose con gran pressteza hacia el cobertizo.....

.....  
— ¡Ahup!..... ¡Ahup!..... ¡Rojal!..... ¡Estrella!..... ¡Hop! ¡Hop!.....

Y el mozo hundía la aijada en el lomo de las vacas, que, penosamente tendida la cabeza hasta casi tocar al suelo, afianzando en éste las pezuñas, subían la cuesta sudorosas, baboseando una espuma blanquecina, escuchándose su resollar fatigoso. Las ruedas de la carreta al chirriar producían un canto estridente, monótono, que excitaba los nervios; las viajeras iban sentadas no muy cómodamente sobre los maletines; la niña miraba con ávida é inquieta curiosidad el panorama alumbrado por la luna; su luz trocaba todo el valle en decoración fantástica, propia de una balada rbiniana; la señorona tenía siempre fijos los ojos en el polvoriento carril; un observador habría sorprendido en el rostro de aquella mujer una ansiedad dolorosa.

— ¡Estrella!..... ¡Rojal!..... — vociferaba Gildo, que, respetuoso con las damas, contentábase sólo con gritar los nombres de los animales, sin el estrambote de las palabras gordas.

Pero con tales finuras la ascensión hacíase por momentos más lánguida y difícil; el mozo apejó, pues, al vocabulario de siempre, y cayó sobre la *Estrella* y la *Rojal* lo más escogido de la fraseología de un trajinante en apuro. Eso sí, tuvo la atención—ya en buena marcha la carreta—de suplicar á la señora que le dispensara tal hatajo de barbaridades.

— Porque es el caso — terminó de decir como suprema razón — que los animales no le entienden á uno si uno no les habla á *la* su costumbre.

Balbuceó la dama no se qué y tornó á sumirse en sus reflexiones, que no debían de ser muy halagüeñas, á juzgar por las múltiples arrugas que surcaban su frente.

Gildo púsose de nuevo á la cabeza del ganado con la aijada al hombro.

Indudablemente las viajeras no se mostraban comunicativas ni mucho menos, y tampoco era el mozo—como buen montañés, de carácter rudo y quisquilloso—lo más adecuado para sostener diálogos con quien le replicara monosilábicamente.

Y para entretener el camino, que entonces ofrecíase llano y sin dificultad, dióse el chicuco en discurrir á santo de qué una señorona del porte de la que él traía en su carro iría á casa de ti Nastasia, una viejuca apergaminada, que parecía vivir ya en el mundo como de prestado.

Y dándole vueltas al magín para hallar la solución del enigma, recordó una historia rancia que corría por el pueblo á propósito de una hija de la tal viejuca, llamada Nela, y de la cual, según era público y notorio en el lugar, anduvo Luis el de la Casona, padre de Gildo, enamorado de veras y á punto de oír en compañía de la moza la lectura de la famosa Epístola. Pero es el caso que, días antes de que tal término tuviera el noviazgo, desapareció Nela del pueblo, dejando terriblemente chasqueado al galán.

No era éste de los pazgnatos que se amilanan por lances de amor, antes por el contrario, pensó que si un clavo saca á otro clavo, la mejor venganza que podía tomar de la infiel (otro era el adjetivo empleado por el de la Casona) sería casarse de prisa y corriendo con la única moza disponible en el lugar; decisión venturosa para el chasqueado amateur, porque la mujer le salió poco menos que una santa, y los hijos más buenazos que el pan.

Acerca de la fugitiva corrieron en el pueblo rumores extraños: decían unos saber de buena tinta que Nela, seducida por el hijo mayor de D. Máximo, el *indiano*, habíase ido á los Madriles, y ya en la Babel, abandonada tan pronto como sintióse de ella hastiado el seductor, rodó por la pendiente de tal forma, que cuanto más bajo caía moralmente, más en auge corría su nom-



bre en la feria de la galantería, ofreciéndose en ésta esplendorosa como un astro: decían otros, los menos, que Nela huyó del pueblo por huir de su amador, y que en la corte había entrado á servir en casa de un título.

El recuerdo de tales historias sólo sirvió á Gildo para deducir que no encontraría la solución al enigma, porque herejía manifiesta era suponer que la hija de ti Nastasia fuese la propia señorona que iba en el carro. Por muy guapa que pintasen á Nela los que la conocieron, no pasaría de ser tanto como la Pilara, la moza más gentil y apetitosa que hogaño lucía su cuerpo en romerías y ferias. Y Pilara, que traía boquiabiertos y entontecidos á los mozos, con toda su ponderada

hermosura era, comparándola con la señora aquella, una pobretuca que no servía para descalzarla. ¿Qué había de servir, hombre de Dios?..... ¿Dónde tenía ella, ni ninguna moza montañesa, aquel soberano aire de distinción, aquel rostro

pálido de imagen, aquel hablar suyo dulce que sonaba á música, aquellos ojos que hacían temblar á la persona que miraban?..... Aquella era una señora de veras, alguna duquesa que viajaba con su hija para tomar los aires puros de la Montaña.... Ni más ni menos. Lo extraordinario era que vinieran duquesas preguntando por aquella infeliz viejuca de ti Nastasia....

—Dios dirá— se dijo el mozo — y todo ha de saberse en su orden y en su punto. No es cosa de romperse ahora la cabeza para averiguar lo que á uno ni le va ni le viene una panoja....

Y para distraer el ánimo, Gildo, envidioso, sin duda, de los grillos, las ranas y los sapos que en los prados, en las charcas y al borde del camino

ó al pie de las cajigas interrumpían el majestuoso silencio de la noche con su algarabía, recordó la copla favorita, y cantó á todo pulmón:

Los primeros amores  
No sé qué tienen;  
Se meten en el alma,  
Salir no pueden.

Hizo alto el mozo y puso atento oído: juraría que al final de la copla había seguido un sollozo. Intrigado, desvióse á un lado del carril; al emparejarse con las ruedas, vió que la niña se acolgajaba con sus brazos al cuello de la señora, mientras con voz conmovida repetía:

—¡No llores, mamita, no llores!.....

No menos suspenso y conmovido quedóse el rapaz ante aquel inesperado cuadro..... ¿Por qué lloraba la señorona?.....

Y tal como lo pensó, acercóse á la carreta, y, emocionado, preguntó la causa de aquel llanto....

La señorona, después de besuquear mucho á la niña, quedóse contemplando á su interlocutor. Gildo, se sintió estremecer; aquellos ojos turbios por las lágrimas, y aquel hermoso rostro ensombrecido por el dolor, le trajeron á la memoria el cuadro de la Magdalena que se veneraba en el altar mayor de la iglesuca del lugar.

—¡No! ¡no ha sido nada!..... ¡los nervios!.....— balbuceó la dama doblando la cabeza al pecho como si se avergonzase de la mirada de Gildo.— Gracias por su interés.....—siguió la señora.

Y luego, aparentando cierta indiferencia, pero con visible emoción, dijo bajando la voz, como si evocase un recuerdo:

—Ya hace años que oí cantar esa copla.....

—¿Aquí?—preguntó con curiosidad el mozo.

—Sí, aquí.....

—Entonces de seguro que fué á mi padre: es el que mejor la ha cantao en toda la Montaña.....

—¿Su padre?.....

—Sí, mi padre; Luis el de la Casona.

—¿Tú eres hijo de Luis?—preguntó la señora incorporándose un poco y tendiendo su rostro hacia Gildo, que retrocedió al ver la expresión, de aquel mirar de ansia y de sorpresa.

—Sí..... sí, señora.....—tartamudeó.

La dama no replicó palabra, volvió á dejar caer con cierta laxitud su cuerpo sobre el maletín, y atrayendo á su pecho á la niña ocultó la cara con la suya y la besó muy despacio, mientras que balbuceaba palabras extrañas y sin sentido para el mozo y la niña.....

—¡Todas las humillaciones, todas!..... Antes de morir, que me bendiga..... que me perdone..... ¡sólo una madre sabe perdonar!.....

La carreta despertó con su chirriante canción las callejas del pueblo sumidas en silencio..... Al hallarse frente á casa de ti Nastasia, Gildo ayudó á las viajeras á bajar del carro y puso su equipaje en el umbral.

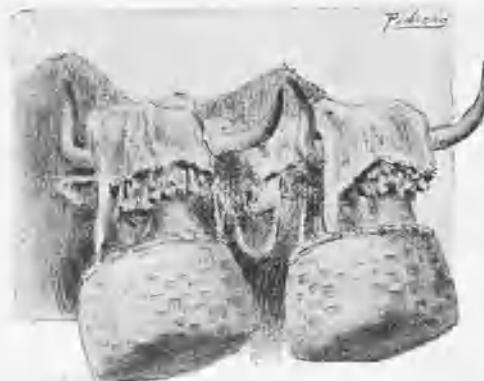
La dama, cuyos ojos aún permanecían enturbiados, dijo con acento intraducible, mientras que nerviosamente arrancaba una moneda de oro colgante de su pulsera:

—¡Toma, hijo mío!..... ¡Guárdala como recuerdo de una desdichada mujer!

—Gracias, señora, gracias—dijo azorado el chicuco al ver relucir en la palma de la mano un redondelito de oro.

Y como si éste fuera una estrella que acabara de caer del cielo, miró á lo alto.....

ALEJANDRO LARRUBIERA.





## DIÁLOGO MADRILEÑO.

**JOVEN.**—¡Ea! D. Gustavo, no es bueno acurrucarse en el sillón y cavilar: le convido á usted á todo lo que quiera; comeremos en el mejor restaurant; iremos á los toros.

**VIEJO.**—¿En domingo y en tranvía, para ver media corrida y comer luego á la francesa? Gracias.

**J.**—Perdone usted; olvidaba que no pertenece usted á nuestro tiempo, y sólo le gustaría ir á los toros en lunes y en calesa: comeremos en casa de Botín y le llevaré á la botillería de Pombo.

**V.**—Es inútil resucitar lo que ha pasado: soy un superviviente de todo lo que amé. No me gusta la literatura de ustedes, ni sus guisos, ni sus juegos: no saben ustedes hacer siquiera chocolate: sus mesas de billar son para niños, y no hay ninguna para jugar con taco seco á la española. Madrid no existe ya. Se ha deshecho la tercera parte del Retiro, que empezaba en toda una acera del Prado, desde los Jardines que llevan hoy su nombre; media pradera de la Virgen del Puerto ha desaparecido, y en vano busco la Montaña del Príncipe Pío, otro sitio de recreo. Hay empeño en entristecer todo lo gratuito, para obligar á que se compre un poco de alegría.

**J.**—Es que Madrid ensancha, embelleciéndose.

**V.**—Podrá ser, pero ya no le reconozco como mío. ¿Quién se acuerda de la iglesia de Santa María, donde Preciosa, la gitanilla de Cervantes, bailó al compás de las sonajas ante la imagen de Santa Ana, patrona de la villa, ni quién se acuerda de ese patronazgo? Ni el Parque de Monte León ni el convento de Maravillas, con sus recuerdos del 2 de Mayo, merecieron compasión. ¿Quiéren ustedes calles rectas y casas altas para subir cómodamente al cielo en ascensor? El campo es ancho, y aumenten la población hasta Toledo y será

Madrid villa de pesca. No puedo vivir en casas sin gateras donde entre y salga mi morrongo, y sin buhardillas interiores donde jubilar y no abandonar los trastos viejos, porque me considero uno de tantos. Detesto las chimeneas de leña que prenden el hollín escandaloso: ni me conformo con no hallar en las tiendas pomada del oso, obleas de goma, plumas de ave, cajas de pistones, tiradores de campanillas, botas de caña, rapé, chuffetas ni pajueta. Jamás transigiré con una generación que ha perdido la verdadera receta de los bartolillos, magdalenas y paciencias.

Mientras peroraba D. Gustavo se había puesto los tirantes, la corbata de armadura, las demás prendas, y pedía á voces su espadín.

**J.**—¿El espadín?

**V.**—Nunca he salido sin él: pero ahora le llevo oculto en el bastón.

**J.**—¿Para qué?

**V.**—Para ensartar al ciclista que me eche encima el aparato: ¿qué necesidad hay de rodar entre gente? Aunque será inútil para defenderme del cable eléctrico que caiga en mi cabeza, ó de la explosión de gas que me eleve hasta un cuarto segundo. ¿Segundo dije? Pues no dije nada, porque hoy se llama segundo á un piso casi último. ¡Servidor de vuestencia! Pero ¿á quién salido? ¿Pues no creí que ese que ha pasado era Calomarde?

**J.**—¿Qué amigos tuvo usted!

**V.**—Sí; pero quiso ahorcarme por gritar ¡viva la Constitución! Entonces nos fusilábamos los amigos; hoy se venden entre sí: nos divertíamos más que ustedes; hacíamos barricadas y se tocaba á generala en las esquinas: ¿en qué calle estamos? No responda usted, porque no la conocería por su nuevo título; tendrá el nombre de un concejal ó

de un poeta, tan desconocidos para mí como esos transeuntes con el mismo hongo y la misma americana. ¿Quién distingue al duque del lacayo? ¡Vaya un mundo pintoresco!

J. — Confiese usted que los tranvías son cómodos y baratos.

V. — Cómodos para el que halla asiento y no va en la plataforma abrazado á un tomador. ¿Y no resulta caro el vicio que hemos tomado de no andar? Han hecho ustedes inútiles las piernas.

J. — Pero lo que es nuestro alumbrado es preferible al de aceite.

V. — El de aceite convidaba á dormir, que es el destino de la noche; entonces había silencio, y se dormía más profundamente.

J. — ¿Y el canal de Lozoya?

V. — ¿Y el reuma y las turbias?

J. — ¿Y estas calles y plazas aireadas?

V. — Dígame, que sufrí dos pulmonías. Ya no hay guardacantones para que repose de su carga el hombre fatigado, ni llueve á chaparrón, por haber escondido las canales, ni existe el arroyo, y necesito cavilar para reducir los kilómetros á leguas y á litros las azumbres.

J. — Me da usted una idea con esos caños salientes que caían de los tejados. Son infinitos saltos de agua que puede utilizar el Municipio ahora

que las casas son tan elevadas: cuánta energía eléctrica, y el agua aprovechada en baños públicos fuerza, higiene, riqueza.

V. — ¿Qué disparata usted?

J. — Madrid ensanchado: grandes vías en forma de estrella, y su centro el parque del Retiro.

V. — ¿Dónde venden bombas de dinamita? Porque si no se venden hoy, se venderán como los revólveres y las navajas traperas. Es lo único que acepto de estos tiempos.

J. — ¿Para qué quiere usted las bombas?

V. — Para volarle á usted y á sus ideas.

J. — Don Gustavo, retire mi convite; ya no vamos á casa de Botín.

V. — ¿Y qué iba á hacer en esa casa? ¿Verle á usted devorar un cochinito y unas perdices estofadas? Yo almuerzo, como y ceno en una cabrería; estoy á dieta láctea.

J. — Pues, respetabilísimo señor, cuando se tienen esas ideas y ese estómago.....

V. — ¿Qué?

J. — Que debe uno morirse.

V. — ¿Morirme? Si no puedo.

J. — ¿Quién se lo impide?

V. — Los gobiernos. Tengo pagado mi nicho en la Patriarcal, y me han cerrado el cementerio.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

## EL LUTO.

(DE SULLY-PRUDHOMME.)

Allá en la infancia serena,  
Cuando mi madre querida  
Me besaba, dulce y buena,  
Yo la recuerdo con pena  
Siempre de negro vestida.

Aun hoy, recuerdo con duelo  
Que en el armario sombrío  
Guardaba un traje y un velo  
Negros, como el traje mío,  
¡Cual su dolor sin consuelo!

Hasta la ropa que un día  
Fué nieve, por la blancura,  
Festones negros tenía;  
¡Cuanto mi madre vestía,  
Lo selló con su amargura!

Lentamente se filtraba  
En mi infantil existencia  
Aquel luto, que me hablaba  
De una dolorosa ausencia...  
¡De ausencia que no se acaba!

Y al jugar con otros niños  
Vestidos de gasa y tules,  
Yo admiraba, entre cariños,  
Sus abriguitos de armiños  
Y sus blusitas azules!...

Así, con librea de duelo,  
Rendí inconsciente tributo  
Á ignorado desconsuelo.

¡Al irse mi madre al cielo  
Aprendí lo que era el luto!

Por la traducción: R. DE CÓRDOBA.



*Copyright 1894 by Franz Hanfstaengl.*

ASEDIO DE UNA PLAZA.

Cuadro de Orezn.



EN EL LAGO.  
Cuadro de Paoletti.



ANTES DE LA PROCESIÓN.  
Cuadro de Entraygues.



**D**ASE por cierto que Don Quijote, ya curado de hazañosos afanes, murió en su sano juicio; de su buen escudero, por sabido se calla que andando el tiempo finaría también.

A estar en mis cabales (y por aquello de «Tate, tate, folloncicos...»), como de feo pecado me guardara de sacar ahora á correr tierras y envidar aventuras al dechado de toda gallardía y al compendio de todas las malicias. Mas tómenme en descargo de la culpa en que así incurro que há pocos días me asaltó un ensueño, y en sueños escribí lo que cual sueño cuento.

Fué el mío que Don Quijote no había muerto; que si Cervantes pudo engendrarle, no podía matarle, ni aquietar los anhelos de su alma enamorada de la Gloria y el Bien, porque ya no era suyo, sino nuestro; que maliciosamente lo enterró para atajar desmanes de plumas, cual la mía, pecadoras; que españoles de otros tiempos felices víéronle hacer *salidas* en *El Quijote* no cantadas, y que si hoy no le vemos es por no hallar su espíritu cuerpo capaz de darle digno albergue.

¿Negáis fe á mis palabras?... Pues oidme: Alborcaba una centuria, y Don Quijote, adormecido en blandas plumas de descuidados ocios, se despertó al estruendo movido por mnchedumbres fugitivas de un gigantazo colosal que, recorriendo el mundo á grandes trancos de sus descomunales zancas, derribaba, á volcos, tronos y dinastías, y estrujaba, bajo sus pies, los pueblos. Mala la hubieran á tomarse con él, y á vivir en sus días, Caracoliambro, Dramirón, Briareo, y otros de aquella pícara ralea que tanto dió que hacer al Ingenioso Hidalgo; pues sobre que los tales no llegaban al tobillo del jayanote aquél, dejaba éste en ardidés tamañitos á Merlín, Arcalaus y Frestón, y demás del enjambre de hechiceros enemigos de andariegas doncellas y trashumantes paladines.... ¿Qué bien que conocía Don Quijote sus malas ar-

tes y bellaquerías! Pero apostara él, poniendo en el envite las alforjas y aun el propio condado de su buen escudero, que tan ruin traza cual la de aquel felón para irse entrando á mansalva y á furto hasta la misma entraña del solar quijotesco, nunca la usara ni el más arrufaldado trapacero.

Molinos y yangüeses, galeotes y batanes, habían llevado al émulo de Palmerines y Amadis á hacer voto de no hurgar á gigantes ni á vestiglos; mas no de tolerarles, ¡vive Dios!, se entrarán, cual señores, por tierras del lugar cuyo nombre se calla, respetando el olvido de Cervantes.

—Mis armas—gritó con recia voz que apagó los ronquidos con que el buen Sancho festejaba el propio sueño.

—¡Buenas estaban!: de orín roídas, carcomidas del tiempo, cuando quiso ceñirse la armadura, callarse la celada y embrazar la rodela cayéronse á pedazos.

—¿No puedo pelear de punta en blanco?... Pues bien está; pelearé en farseto—dijo el aventurero manchego, empuñando el lanzón para probar, blandiéndolo, la fuerza de su brazo. Y el asta, convertida por los siglos en yesca, crujió, quebróse, y hecha polvo y astillas cayó al suelo; y al asir la tizona cortadora se desmontó la hoja, quedándole en la mano sólo la empuñadura.

—Flaco reparo nos dan, Sancho, mis armas; MAS NO IMPORTA, malo será no hallemos otras con las que remediemos nuestra necesidad.... Y tú coge esa hoz; pues habrás de saber que en esta gran hazaña que comenzamos hoy, no se hará diferencia de caballeros á villanos.

—No me porfie vm.; pues ya bien sabe que soy de mío manso y pacífico, y que no entiendo de caballerías.

—Pues mira—dijo Don Quijote, abriendo una ventana para otear el pueblo, ya ocupado por la invasora hueste.

—¡Malpocado de mí!—gimió Sancho, mesándose las greñas.—¡Ay mi huerto y mi casa!.... se me llevan el rucio; me roban mi Sanchica. ¡Así los mate Dios!.... Mire vni. al camposanto: con la cruz de la huesa de mi madre hacen la hoguera para que cueza su chanfaina. ¡Ah, bellacos, follones! Ahora veréis si mi lana es de oveja.

Y empuñando una hoz echóse afuera, y cerró con ellos.

Alcanzada su primera victoria, que algunos llaman *Aventura de El Bruch*, y pasmándose Sancho de ver á Don Quijote desarmado, replicó éste que visto su ardimiento escuderil, muy suficiente á fenecer la hazaña, ni había esgrimido armas, ni pensaba esgrimir las en aprietos más arduos que les guardaba aquella magna empresa.

—¡Pero os salisteis de la pelea horro!.... ¿Me abandonáis, señor?.... Ved que ya vuelven.

—Mal me conoces, Sancho; ni peleaste solo, ni faltarte ha mi ayuda en esta liza.

—¡Brava ayuda, por Dios, si no se arma y no pega!

—Calla, hijo, calla. ¡Cuán poco se te alcanza de aventuras si te acongoja eso! Armas mejor templadas que el más sutil acero son la fe y la constancia, que no han de fallecerte mientras yo esté á tu lado. Adelante, buen Sancho, vencerás con mi espíritu: adelante, adelante, mi compañía es tu fuerza, Don Quijote es el Alma de tu Raza.

Y con hechos de Sancho, á menudo vencido, pero jamás domado, escribió Don Quijote una epopeya, hoy ya vaciada en bronce y esculpida en mármoles, cuyos cantos se llaman *Dos de Mayo*, *Bailén*, *Gerona*, *Zaragoza*....

Pero cuando, causados de la lucha, tornaron ambos á reanudar el sueño, los majagranzas descendientes de Sancho, presumiendo de andantes caballeros, arrojaron el arado y las layas (hasta el propio heroísmo tiene quiebras), asieron el lanzón, y acostumbrados á segar gargantas con las hoces se desdñaron de segar las mieses, empleando las armas no en rescatar encantadas princesas, ni en reparar entuertos, sino en hacerlos al vecino y en degollarse mutuamente por mor de la pizca....

.....  
Corrió el tiempo, y al grito de «¡el Moro, el

Moro!» despertó el Caballero de los Leones. ¡El Moro! el enemigo legendario, las Navas, el Salado, el Cid, Lepanto; ¡Lepanto: en cuyas aguas se meció su cunal!.... Y contra el Moro arremetió con el mismo denuedo que, en homérica lucha, arrancó al vizcaíno la prez de la victoria. Mas conviene saber que al retornar de Morería con la fama acrecida y el cuerpo más que nunca enmagrecido, seguía roncando Sancho, á quien no fueran parte á despertar voces ni rempujones: por ello no fué con Don Quijote á esta aventura.

Llegamos ya á la última y más triste, por cuanto salió de ella, no con brioso aliento, como de otras solía, á despecho del cuerpo molido cual cibera, sino rindiendo el ánima. Por él ganadas en el famoso viaje del barco encantado (1), tenía Don Quijote unas fércas ínsulas que en feudo disfrutara, no Sancho, escarmentado de malandanzas insulares bien conocidas de los lectores de Cervantes, sino Sanchico, su hijo, mozo inexperto, vano y codicioso; siquier no tanto como sus descendientes, que aun teniendo en su corte doctores Tirteafuera, á sus consejos sordos, no comían, devoraban, sin cuidarse de atascos ni de empachos: así iba ello. Y avino que una noche, cual á Sancho en su ínsula, sobresaltóles el bullicio de cruenta rebelión, y volvieron los ojos al hidalgo.

—Son mis hijos, señor—gemía Sancho; y con copia de prudentes razones, andaba muy remiso Don Quijote de tentar la aventura; mas tal porfieron y plañeron los Panzas, que el compasivo Don Quijote otra vez se embarcó, con su escudero, en el vetusto barco, que sorbiéndose el agua por todas sus costillas, á poco si los deja, para pasto de malos pejes á mitad del camino.

¡Qué de agasajos al Caballero de la Triste Figura á su arribo á las ínsulas, y cuántos sinsabores agrazaron su alma, muy en breve, al conocer á aquella gentecilla! Valor no les faltaba, pero constancia, abnegación y patriotismo.... Más vale no tocar esta cuerda.... Y cuando, de ellos harto, iba á tomar la vuelta del nativo solar, saltó un suceso que le reverdecía reminiscencias de los tiempos

(1) Aunque parezca anacronismo, nadie podrá negar que el descubrir América no fuera *quijotada*, y de marca.

felices de sus caballerías, y encendiendo su sangre, le hizo arrojarle á la que había de ser la más descabellada de ellas: aun barruntando que allí se dejaría los aporreados huesos y los pocos pellejos que de su pobre cuerpo le quedaban.

El caso fué que por aquellas insulas rondaba un gigantón, el tío Samuel, muy capaz de engullirse en tres bocados medio mundo. De hierro la osamenta, las carnes de carbón, por sus venas corría sudor de jornaleros; tuvo por padres al Comercio y la Industria, y fueron sus abuelos la Agricultura y el Trabajo. Su alma no tenía el temple de la que en el flaco cuerpo del manchego realizó eternas proezas; pues eran sus espíritus vitales vapor, que muere al agotarse la caldera, y eléctricos efluvios que se extinguen cuando no gira la dinamo; pero Samuel tenía la fuerza descomunal de un corpachón que, al dejarse caer, espachurraba cuanto debajo hubiera. No sabiendo esgrimir armas corteses, blandía una maza de oro, á cuyo golpe se quebraba la más fina armadura milanese.

Estrecho ya en su casa, y ayuno de moral, al extender la mano para tomar la del vecino, un

ligero escozor, como de picadura de alfiler, le hizo advertir que Don Quijote estaba allí y que le hacía cosquillas con la lanza. Asíó la clava, y de lejos, y á tientas, menudeó porrazos, que aventando en fragmentos las enmohecidas armas del arrogante caballero, no le hicieron cejar ni deponer su altivo continente.... «Tendré que ir á aplastarle», dijo Samuel; y allá fué, y se avivó la lucha del pigmeo y el titán, donde aún lidiaron, acaudillados por el héroe, muy pocos Sanchos, que allí cayeron, como cayó á la postre Don Quijote.

¿Y su alma?.... Todavía se esforzó en infundir alientos á los suyos, mostrándoles al forzado jayán, que con los pies hundidos en el cieno, jadeante, por la victoria exhausto, ni moverse podía. Inútil todo: sin ver que por sí solo se estaba deshaciendo, su corpulencia colosal los asustaba.

Después, desde que el tío Samuel se compró ejecutoria y se pintó un escudo donde campean las rotas armas del vencido, nadie ha vuelto ya á ver el alma del Hidalgo.... ¿Moriría en el cuerpo de un español que se llamó Vara de Rey?.... ¿Será verdad que haya sido éste el último Quijote?.... ¿Qué con él haya muerto el Alma de la Raza?

JOSÉ DE ELOLA.



LECCIÓN DE LECTURA.

Cuadro de Kaulbach.



# EL CRISTO DE CANDÁS

En un rincón de Asturias  
Verde y frondoso;  
En una capillita  
Llena de flores,  
Guarda Candás el Cristo  
Más milagroso  
Que adoran navegantes  
Y pescadores.

\*\*

Cuenta la imagen santa  
Siglos enteros;  
La encontraron las barcas  
Aventureras,  
Cuando, llenos de arrojo  
Los marineros,  
Iban al mar del Norte  
Las balleneras.

\*\*

Sobre el blanco penacho  
Que el mar levanta;  
Rasgando de improviso  
La densa bruma,  
Surgió de entre las olas  
La imagen santa  
Con los brazos abiertos  
Sobre la espuma.

\*\*

Huyendo los desmanes  
De la herejía,  
Sobre las olas vino  
Desde Inglaterra,  
Maltratándole menos  
La mar bravía  
Que el insulto grosero  
De inculca tierra.

De su altar le arrancaron  
El fanatismo  
Y los torpes secuaces  
De Enrique Octavo;  
Pero el Mártir flotaba  
Sobre el abismo,  
Y la Fe le sostuvo  
Sobre el mar bravo.

\*\*

Á bordo el Crucifijo,  
Por almirante  
Llenos de fe le aclaman  
Sobre las olas,  
Y sin velas ni remos  
Desde ese instante  
Las barcas balleneras  
Navegan solas.

La orgullosa flotilla  
Tierra buscaba,  
Y premiar supo el cielo  
Sus aventuras.  
¡El divino piloto  
Las gobernaba,  
Y las débiles naves  
Iban seguras.

\*\*

Desde aquel día el pueblo  
Guarda orgulloso  
La imagen venerada  
De sus amores,  
Y Candás tiene el Cristo  
Más milagroso  
Que adoran navegantes  
Y pescadores.

\*\*

Y siempre que en peligro  
Tienen la vida  
Y aguantan de las olas  
Los golpes fieros,  
Recordando la imagen  
Aparecida  
Así dicen llorando  
Los marineros:

\*\*

«¡Refrena, Cristo mío,  
Las ondas bravas!  
¡Disipa con tu mano  
La densa bruma!  
¡Que no flote mi cuerpo  
Cual Tú flotabas  
Con los brazos abiertos  
Sobre la espuma!»



JOSÉ JACKSON VEYÁN.



## LA BARCA.

### I.

- No; he dicho que no. ¡Basta!
- ¡Qué genio de hombre!
- Pero, en casa, bajo techo.....
- A bordo, digo; estoy mejor.

No hubo medio de convencer al viejo Tomé. Desde bastantes meses atrás, habíase ido á dormir sobre la vela, en el fondo de la barca que, anclada en la caleta, mecían las olas con dulce chapoteo de las aguas, quietas, azules, dormidas á la claridad blanca de las estrellas.

Allí estaba mejor. Bien mirado, no era caridad la que le hacían los yernos, dejándole dormir en un rincón del cuartucho. También éste era suyo. Cuando casaron, se lo había cedido á sus hijas para vivir, reservándose un hueco para él, pero nunca había sentido cariño por aquellas cuatro paredes con vieja techumbre de paja. Verdad que ellas almacenaban todo el menaje de la barca. Colgábanse del techo las redes, en los días de rebose, después de secarlas al sol sobre la playa; y los remos viejos, los timones rotos por un golpe de mar, las velas que destrozaran ráfagas traicioneras de viento, iban á parar á los rincones del cuartucho como trastos inútiles.

Pero no tenía Tomé apego á la casa. Mandaban en ella los yernos y las mujeronas de éstos, sus hijas, que reñían á voces, coléricas. Llegaron hasta echarle en cara el pedazo de pan que, á escote, con ellos compartía.

Muchas veces, tentado estuvo de arrojarlas á

golpes; pero en la callosa mano quedó trémulo el mango del arpón, y en la garganta se le ahogaba el grito airado que intentaba escupirles:—¡Es mía! ¡mía!

Mejor era resignarse. Bueno; que quedara para ellos la casa. Las cosas de tierra no le importaban. Su cariño único era la barca. La patronaba, y á bordo, durante las faenas de la pesca, corriendo libremente sobre las aguas, en la soledad de los mares, sentía indomables sus corajes á despecho de la edad.

A bordo, los yernos, remeros y á la vez pescadores á soldada, callaban sumisos, cobardes, ante las voces de mando del viejo Tomé. ¡Cuitado del que desobedeciera!

Ya no viviría en tierra más. En adelante y para siempre iría á reposar las fatigas del día durante la noche, al soco del *eito*, sobre la vela tendida en el fondo de la barca.

No podía olvidar el diálogo entre las mozas, sus hijas, que sorprendiera por la tarde. Charlaban, remendando la red, á la puerta del cuartucho. Desde dentro lo escuchó todo.

—Ya es locura.

—Pedro me ha dicho que no va.

—Mi Pancho también.

—La barca no sirve; hace agua y cualquier día de brisote, hocica.

—Mejor es venderla. Está vieja.

—Sí, venderla..... ¿Y si padre no quiere?

—Á la fuerza.....

No quiso oír más. Sin hacer ruido, ahogando los pasos, con espantados ojos y golpeándole vio-

lentamente el corazón, el viejo Tomé salió por la puerta que daba al patinillo por la parte de atrás.

Miró al mar.

Sobre las aguas vió, blanca, con su faja de azul junto á la borda, la barca que se mecía soñolienta, con pereza, arrullándola el eterno cantar de las olas.

—¿De otro?... ¡Nunca!

## II.

Vieja era la barca. Contaba años, ¡muchos años! Quiso Tomé, al registrarla, que le pusieran por nombre *Carmen*. Así se llamaba aquella mujer morena, de ojos negros y grandes, que desposara cuando él era aún gallardo muchachón. Moza más recia en el trabajo no había barloventado en seco por la playa. A fuerza de fatigas, rebañando hasta en la olla, corriendo las aldeas, vecinas á la costa, con la cesta á la cabeza vendiendo la sardina frescal y el pez de altura, la buena mujer había podido reunir unos dineros.

Con ellos se compró la barca, nueva, retozona, la mejor de cuantas á lo largo de la costa se hacían á la mar. De las de su tiempo, aquellas compañeras recién botadas por entonces al agua, ninguna existía ya; se habían desguasado, y la última, podridas las tablas, enseñaba, escorada indolentemente sobre la arena de la playa, su desnudo costillaje al sol. ¡Su barca! ¡Qué velera á todo viento y qué intrépida ante los golpes de mar!

Andando un día Carmen, camino adelante, con la cesta á la cabeza, donde aún vivo coleaba el pescado del arrastre madrugero, el sol agresivo de la llanura descampada, á cielo descubierto, que atravesaba, se le había me-

tido dañino dentro. La cabeza le ardía, y, sin embargo, le llegaba hasta los huesos un frío extraño. ¡Y qué sed!

Por la noche la fiebre la hizo delirar.

Carmen despertó á su marido con voz baja para no despavilar el sueño de las niñas. En medio de la congoja, repetía:

—Tomé.... Tomé.... ¿Oyes?

—Sí; ¿qué quieres?

—¿Cuándo vas por ella?

—Dentro de unos días.

—Ahora... ..

—No está lista.

—Quiero verla.... ¡nuestra barca! ¡mi....

Así, metida en el lecho, sus pálidos labios de enferma plañían cada noche.

—Tomé.... ¿oyes?

—¿Qué?

—¿La han traído?

—No.

Siempre igual. Día tras día, la misma interrogación iba á buscar la respuesta negativa de Tomé.

—No; mujer. Espera....

Empeñábase Tomé en llevarla á la ciudad, en la barca de un compañero, para que un médico curase aquel mal que Carmen padecía.

—Vamos hoy sin falta. Llevaremos también las chicas.

—Estoy mejor; créelo. Esperaremos á que llegue la nuestra. Iré en ella.

Al fin llegó. Su primer viaje lo hizo llevando á Carmen á la ciudad distante que, al atardecer, frente á la playa, en un recodo de la costa, destacaba la nota blanca de su caserío alegre.

No corría aire sobre el mar, y la barca andaba lenta, tristemente, hacia la vela que trapeaba, y al huir la luz del sol iba derramando una piadosa sombra sobre la cara hermosamente plácida de la enferma. No volvió ésta. Allá se quedó, bajo tierra, para siempre.

*Carmen* llamóse desde entonces la barca de Tomé.



¡Dios santo! ¡y querer los hijos, los mismos hijos sin entrañas de Carmen, que la vendiera!

Había de repudrirse en el mar, desguasarse envejecida por completo, y allí, en el agua, sobrenadaría la última cuaderna.

Para eso eran sus afanes. No desconfidaba remendar las averías, celoso en repintarla cada trimestre. ¡Así estaba de remozada y fanfarronesca disimulando años y cicatrices! De tarde en tarde, Tomé la varaba en la playa para que descansara, tumbándose perezosamente de costado sobre la arena; y si, á pesar de los baldeos, la madera se reseca con los calores, vuelta al agua en seguida para que hinchara de nuevo.

¡Desgracia de los hombres, mal de los pobres! Si moría, ¿qué iba á ser de ella?

### III.

Atracó el viejo la barca á la orilla. Como todas las madrugadas, al clarear la luz nueva, Tomé, desde á bordo, gritó á los suyos:

— ¡Eh!.... ¿Listos?....

Rebullían en la playa los pescadores preparando hacerse á la mar. Algunas barcas calaron los remos, y ya iban mar á fuera. Otras, que las habían varado la tarde anterior, al empuje de los hombres resbalaban, sobre trozos escurridizos de madera, hasta chapotear en el agua.

Corajiento de la tardanza, Tomé, erguido en la proa, gritaba de nuevo:

— ¡Eh!.... ¡Pronto!.... Que se va la marea.

Nadie respondía. Sus yernos sin duda roncaban desconfiados. Pero no tardaron en llegar, torvos, silenciosos.

No iban; no navegaban más en la barca. ¡Aquella *Carmen* estaba muy vieja, cayéndose á pedazos! Era un peligro salir en ella. Las de casa no querían. Andaban ellos en tratos para entrar en otra.

Tomé rugió colérico, espantosamente airado:

— ¡Ya! ya encontraré gen-

te.... ¡Mala casta!.... ¡Vieja la barca!.... Á correr á un largo, ¡que traigan la que quieran!

Desde aquel día no salió á la mar. ¿Con quiénes? ¡Si hasta los yernos de Tomé la dejaron por inútil!

Por más gestiones que hizo el viejo, no hubo mozo que se arriesgara á la empresa.

¡Qué remedio! Sin gente no podía lanzarse en la barca mar afuera.

Solitaria, vieja, repudriéndose en el agua, desde entonces quedó la *Carmen* anclada al soco de la caleta para siempre.

Daba pena mirarla, cabeceando inquieta cuando el oleaje la movía, tirando de la cadeneta del ancla como si quisiera romperla y escaparse, y otra vez gallardear con los últimos alientos.

Desde á bordo, con ojos tristes, Tomé miraba salir las otras barcas al romper el día. La suya; ¿qué sola!

Á cada instante, las hijas y los yernos volvían á su eterna plática:

— Véndala, padre.

Descanso tan largo y calores intensos grietearon las tablas; el hierro oxidado, pudriendo lentamente las maderas, acababa poco á poco con la barca. Descascarada la pintura, mostraba su color negro, repulsivo, el casco. Era una lástima. ¡Quien la vió en sus buenos tiempos!

Entre la gente mareante comenzaron las bur-las. ¡No más! Todo lo aguantaría Tomé menos esa vergüenza.

Sus hijas, á coro con los yernos, no cesaban en el machacón estribillo:

— Padre, véndala.

Ya no dudó, y les dijo:

— Pues, sí; la vendo.

— Ramón la compraría para el horno....

— Cleto quiere techar....

— Déjenme. Yo me entiendo. Quiero comprador de la ciudad.... que se la lleven lejos.

Desde entonces espía-ba Tomé. De noche no dormía, no podía dormir. ¡Qué ideas le mordían interiormente!



¡Con luna...! Caía su tranquila claridad sobre las muertas aguas de la caleta, y, mar adentro, dejaba una estela de luz larga, infinita, como si fuese un camino que señalara la ruta hacia lo desconocido, hacia la inmensidad.

Por fin, las densas sombras nocturnas, en ley natural, volvieron á correr sobre el haz de las aguas, clamantes, móviles, profundas.

Fué entonces.....

Salieron las barcas todas á la mar, antes que madrugara el alba. En la desierta playa, solamente las olas dejaban el rumor de su queja y copos de espuma, leve, blanca. Aún tardarían unas horas en abrirse las puertas de las casuchas y salir las mujoneras á lavarse los rostros en las charcas y secar al sol los cabellos mojados.

Era el momento. Tomé, desde la orilla, metido en el agua, tiró con ímpetu de la cuerda que sujetaba á tierra la barca. Al empuje violento cedió ésta, y hacia la playa dejóse venir, mimosa, lentamente, llegando á los brazos de Tomé que la sujetaron, desfallecida en el andar, con perezosa languidez de enamorada. Todavía, cuando á golpe de marea movíase, la proa lamía el pecho del viejo, como animal que con la cabeza hace caricias.....

Fué rápido Tomé. Lastró la barca enormemente, y con desesperado esfuerzo, la empujó hacia lo más profundo de la caleta. Allí nunca se vió el fondo; sitio donde anclaban las barquías, allí estaban algunas en descanso, recomponiéndose.

De la suya saltó á otra. Ya estaba, y era necesario acabar pronto. Cerró los ojos para no ver. Temblábale la mano; pero, cobrando ánimos, alzó el martillo como un arma homicida.

Sonó un golpe seco, áspero; abriéronse las on-

das, y después volvieron á recobrar su calma solemne y su color levemente azul á la luz primera del amanecer.

Ni un rastro quedaba ya de *Carmen*, allí misericordiosamente enterrada.

Vuelto á tierra, anduvo Tomé errando por la playa, dolorida el alma, fijos los ojos en el mar insondable, en el agua piadosa.

Después sentóse á la puerta del cuartucho y esperó. No tardaron sus hijas en salir.

Rió á la fuerza, al saludarlas.

—¡Ah! muchachas; ya se fué.

—¿Quién?

—¡Toma! La barca. La vendí y se la acaban de llevar. Quería daros la sorpresa.

—¿Á la ciudad?....

—Más lejos..... más lejos.....

—Y ¿cuánto dieron?

—Sí, ¿cuánto?....

—Esto.

Sacó Tomé unas cuantas monedas de plata y cobre, ahorro de otros días más venturosos, y las puso en las manos de las dos hembras.

—¡Oh! ¡cuánto!..... ¡Pues se corrieron!....

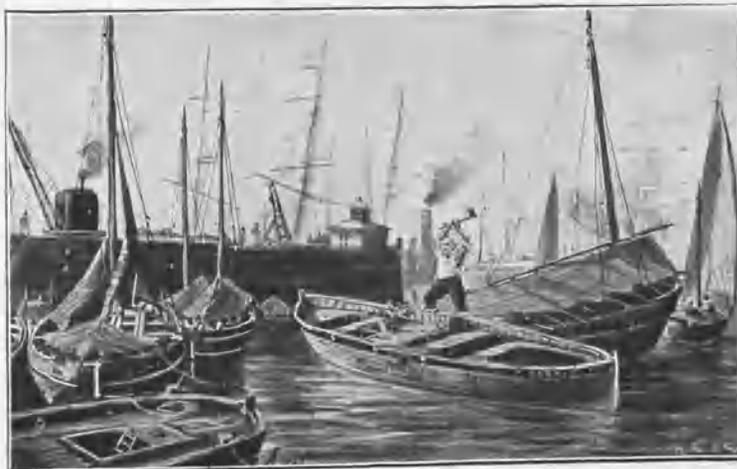
—No lo valía ella.....

Calló el viejo. Sobre la arena de la orilla, el murmurio del agua era de rezo, y las salpicaduras de la espuma tenían un brillo al sol como de lágrimas. ¡Si parecía que el mar lloraba!

No quisieron mirar á las muchachas los ojos agnados de Tomé, y de sus labios casi no salía el grito ronco, ahogado, como un estertor, al pensar en la muerta, en la barca, y en él mismo:

—Todos, ¡qué solos!

ANGEL GUERRA.





LA COMUNIÓN.  
Quadro de José Gallegos.



## LOS POBRES

(PENSAMIENTO

DE VÍCTOR HUGO.)

Es noche oscura; la cabaña humilde  
Del rudo pescador duerme en silencio;  
Colgados de los muros, como chispas,  
Lucen entre las redes los anzuelos;  
Pobre y velado por cortinas viejas,  
Hay en el fondo de la estancia un lecho,  
Y ante él descansan en jergón mezquino  
Cinco niñitos, ángeles risueños  
Que fingen nido de benditas almas  
Unidas siempre por sublime afecto.

En el hogar, la llama temblorosa  
Vela alumbrando con fulgor postrero  
Á una mujer que llora acongojada  
Y eleva á Dios su fervoroso ruego...  
¡Es la madre! La madre, sola y triste,  
Que escucha con terror la voz de trueno  
Del ronco mar que se revuelve y salta  
Y, de espumas magníficas cubierto,  
Lanza sollozo lúgubre y gigante  
A la noche, á las rocas y á los vientos.

Su esposo está en el mar. Desde muy niño  
Supo luchar cual rudo marinero  
Contra el empuje de las olas bravas,  
Buscando entre las olas el sustento  
Y arriesgando la vida muchas veces  
Para ganar el pan de sus pequeños.

Todas las tardes, cuando el sol declina,  
Surca el mar en su débil barquichuelo,  
Dejando en tierra á la sencilla esposa  
Que, suspirante y angustiado el pecho,  
Cose las velas y las rotas mallas,  
Cuece la sopa, besa á los hijuelos,  
Y, después de rezar y de acostarlos,  
Vela aguardando al que trabaja lejos.

¡Y es duro su trabajo!... Que la pesca  
Hay que buscarla aunque se oponga el viento  
Y aunque la sombra oculte los escollos  
Y aunque la misma muerte esté en acecho...  
¡Ay del amante esposo! ¡Ay del buen padre  
Que lucha por su gente con denuedo!...  
Y al pensar en borrascas y en peligros  
Juana suspira y llora, y su recuerdo  
Es cual divino pájaro del alma  
Que hacia el nido de amor levanta el vuelo.

Reza y sueña la humilde pescadora  
Y horribles pesadillas son sus sueños,  
Y piensa con pavor en los naufragios  
Y en los que expiran tras combate fiero,  
Encontrando mortajas en las olas  
Y fúnebres responsos en los vientos.  
Y al compás de la sangre en sus arterias  
Cuenta el reloj las horas de tormentos,  
Y á los Abriles siguen los veranos,



Y tras otoños llegan los inviernos  
Y la vida entre cunas y sepulcros  
Es arroyo que corre hacia el Mar Muerto.

Sueña y reza la humilde pescadora  
Y mira con amor á sus hijuelos  
Que viven descalzitos, sin abrigo  
Comiendo por regalo pan muy negro.  
—¡Señor, cuán pobres somos!—triste clama  
La amante madre, y el terrible acento  
Del pavoroso mar, dice á su oído  
Himnos de muerte lúgubres, siniestros.

Y es la hora alegre de la loca orgía,  
Es la hora en que entre raso y terciopelo  
Teje el placer sus bailes deslumbrantes,  
Y es la hora en que cual rudo bandolero  
El mar acecha á un hombre, lo despoja,  
Lo asesina entre sombras y misterio  
Y lo hunde para siempre en los abismos  
De horribles monstruos y negruras llenos.

Y tiembla y llora.  
Esposas infelices  
De humildes pescadores, yo os comprendo  
Y conozco el pesar que os atribula  
Y conozco lo amargo del lamento  
De la pobre mujer que sufre y reza

Diciendo:— Mi marido noble y bueno,  
Mi anciano padre, mis amados hijos  
Ó el novio que mi esposo será presto,  
Mi corazón, mi vida, mi alma entera  
Juguetes son del mar y de los vientos.

Y piensa Juana:—¡El pobre lucha solo!  
¡Nadie le presta ayuda con su esfuerzo!  
¡Si fueran mayorcitos estos niños!...—  
¡Pobre madre! ¡infeliz! ¡te compadezco!  
Cuando los niños crezcan y se embarquen  
Y al lado de su padre corran riesgos,  
Tú exclamarás llorando:—¡Dios bendito!...  
¡Ay si fueran mis hijos más pequeños!

Toma el capote y el farol. Ya es hora  
De ver si vuelve, de si amaina el tiempo,  
Y de si el sol apunta. Densas nubes  
Cubren la inmensidad; aún no hay reflejo  
Nuncio del alba. Lluve; el nuevo día  
Llora al nacer como niño tierno.

Salió; ni una luz brilla en las ventanas  
De las casuchas del dormido pueblo;  
Marcha entre sombras y detiene el paso  
Ante una choza de mezquino aspecto  
Cuya puerta rechina y se estremece  
Al soplo rudo de aquilón violento.  
—Ya no pensaba en la infeliz viuda  
Que enferma y sola vive con sus huérfanos...  
Voy á ver como está.—Llama á la puerta,  
Y se extingue su voz sin hallar eco.  
Juana, aterida, piensa:—¡Pobre gente  
Sin padre, sin abrigo, sin sustento!...—  
Vuelve á llamar sin recibir respuesta;  
La puerta empuja, y, al mirarse dentro,  
Á la luz del farol contempla triste  
Un cuadro horrible que le angustia el pecho.  
Rígida, en un jergón de humilde paja,  
Con los cárdenos labios entreabiertos,  
La madre está cual gladiador vencido  
Que á los golpes del hambre cayó muerto.  
Junto al pobre jergón, tranquilos duermen  
Un niño y una niña, tan pequeños  
Que un chaquetón les basta para abrigo  
Y una cuna les sobra para lecho.  
La madre, al expirar, para abrigo  
Arropó con su falda aquellos cuerpos,  
Para evitar que de su muerte el frío  
Turbase de los ángeles el sueño.

¿Qué hace Juana en la choza? ¿Qué se lleva  
Bajo los pliegues del abrigo recio?...  
¿Por qué tiembla y vacila? ¿Por qué corre?...  
¿Por qué vuelve á su casa sin aliento?...  
¿Qué ha robado?... ¿Qué guarda en la vivienda?...  
¿Qué esconde entre las sábanas del lecho?...

Cuando Juana, volviendo á su cabaña,  
Sentóse á descansar cerca del fuego,  
Despuntaba en Oriente el alba alegre.  
Cual víctima de atroz remordimiento,  
La mujer murmuraba:—¡Dios piadoso!  
¿Qué dirá mi marido?... Dios... ¿qué he hecho?...

¡Es verdad que nosotros somos pobres,  
Es verdad que tenemos cinco hijuelos,  
Es verdad que su padre aunque se afana  
Apenas si consigue mantenernos!...  
¡No lo he debido hacer! Cuando él regrese  
Tendrá razón para enojarse... ¡Cielos!...  
¡Ya llega! No... No es él... Aún es temprano...

Brilló el sol en el alto firmamento,  
Despertaron las aves graznadoras,  
Volaron los petreles y los cuervos,  
El ronquido del mar se hizo murmullo,  
Crujió la puerta con crujido seco  
Y—¡Alabado sea Dios!—con voz vibrante,  
Dijo entrando el robusto marinero.

Llevaba sobre el hombro redes rotas,  
Y chorreaban las redes, los anzuelos,  
El calzón basto, la camisa fuerte,  
El pesado capote y el cabello.  
—¿Eres tú?...—dijo Juana,—y un abrazo  
Juntó con noble amor aquellos cuerpos.  
—Aquí me tienes ya—dijo el marino;—  
El mar es un ladrón; cobarde y fiero,  
Me ha robado una noche de trabajo,  
Y á poco si me roba el barquichuelo  
Y esta vida que tanto necesito  
Para veros felices y contentos...  
Pero ¿qué tienes?... dime... estás llorosa...  
¿Has velado esta noche?...—Sí, cosiendo  
Estuve largo rato...—¿Y has tenido  
Algo desagradable?...—Tuve miedo  
Al sentir la borrasca...—Para el pobre,  
Si Dios no lo remedia, aqueste invierno  
Va á ser duro y terrible...—Emocionada,  
Con voz que más que voz era lamento,  
Dijo Juana, temblando, balbuciente:  
—¡Tengo una pena! La vecina ha muerto;  
Ayer debió morir; deja dos niños,  
Una, Magdalenita; otro, Guillermo;  
Él aún no anda solito, la chiquilla  
Ni aun sabe hablar... ¡Desventurados huérfanos!

Quitóse el pescador el viejo gorro  
Y—¡Diablo!—murmuró torciendo el gesto,—  
¡No hay que pensar en ello! Si con cinco  
Ayunamos más veces que comemos,  
¿Qué le vamos á hacer?... ¡Dios lo dispone  
Y hay que acatar la voluntad del cielo!...  
Lo malo es que Guillermo y Magdalena

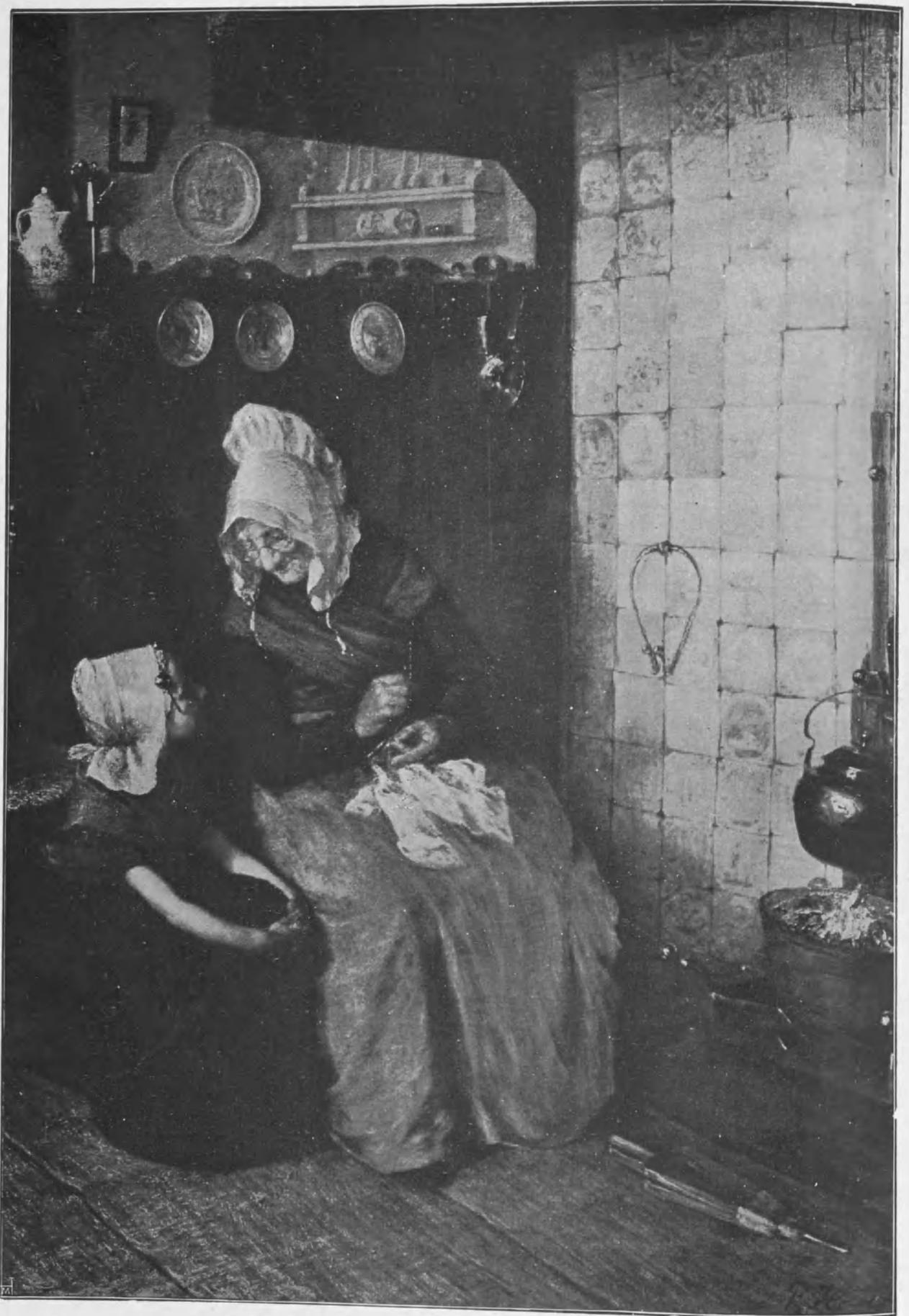


No pueden trabajar... ¡son tan pequeños!...  
¡Corre! ¡corre á buscarlos! Tráelos pronto...  
Alguien sabrá esta acción agradecernos...  
Vengan acá los pobres chiquitines;  
Vivan reunidos con los hijos nuestros;  
Yo no probaré el vino, tú en la noche  
Velarás algo más, y así, cosiendo  
Y trabajando, viviremos juntos,  
Y el Señor que nos mira desde el cielo  
Hará que los productos de la pesca  
Nos basten para todo... Mas ¿qué veo?...  
¿No los vas á buscar?... ¿Por qué te afliges?...  
¿Acaso te disgusta mi proyecto?...  
¡Corre, mujer!...

Alzando las cortinas  
Que daban sombra al escondido lecho,  
Con dulce llanto contestó la esposa:  
—¡Aquí los tienes ya!... ¡Dales un beso!...

M. R. BLANCO-BELMONTE.





EL CUENTO DE LA ABUELITA.

Cuadro de P. Hoecker.



DÍAS FELICES.  
Cuadro de Deully.



CAMPESINA.  
Cuadro de Bellanger.



## MEDULA Y MASA.

**E**L ejército del Rey de Loria se encontraba desplegado en extensa línea de batalla, como á tres leguas del ejército del Rey de Crunia, ambos en guerra, donde se jugaban la vida de sus estados.

El general de Loria se sentía orgulloso con el número enorme, la fiera indomable, la corpulencia vigorosa, las armas potentes, las corazas bruñidas y los cascos deslumbradores de sus soldados, á quienes, además de esta fuerza positiva, animaba la fuerza moral de la historia, llena de sus heroicidades, conquistas y triunfos gloriosos.

Y los soldados de cascos deslumbradores y corazas fuertes se sentían á su vez orgullosos de aquel general de cuerpo erguido y bigotes largos, que siempre al frente de ellos, siempre en la vanguardia, siempre en la pelea, era el primero por su jerarquía y el primero por su arrojo, el más alto capitán y el más delantero combatiente.

«Soldados (les dijo en la orden del día de la batalla): estáis enfrente de un enemigo que se arroja á medirse con la raza de héroes nunca vencidos en antiguas campañas. Demostradle que sois lo que fuisteis siempre. Pelea con nosotros la historia de tres siglos. Confíad en ella y en el poder del número y del brazo, que son garantía única y fiadores seguros de la victoria. El Dios de las batallas está donde está la fuerza; él cuidará de nosotros.»

El ejército de Crunia estaba situado, y más bien se dijera escondido, detrás de una cadena de colinas, cortadas además por un río, como si quisiera hacer de aquellos obstáculos naturales parapeto y foso para su seguridad. Parecía acobardado, á juzgar por la inmovilidad de sus cuerpos, diseminados en muchas y distintas posiciones, y por el silencio constante de sus filas. Nadie hablaba de victorias ni de hazañas, ni se veían por ninguna

parte generales de casco bruñido recorriendo el campo entre aparatoso estado mayor. Todos aguardaban fríamente órdenes que ninguno sabía de dónde habían de venir ni adónde habían de llevar.

Las órdenes iban llegando en los términos siguientes:

«La extrema del ala derecha se pondrá en movimiento dos horas antes del amanecer, para quedar situada al flanco izquierdo del enemigo al romper el día. Entonces atacará, sosteniendo el fuego, mientras quede un hombre con vida. Necesito entretener el combate con la carnaza de esas tropas. Su misión no es la de vencer, sino la de cansar el brazo enemigo en la matanza de los nuestros.

»La extrema del ala izquierda marchará al amanecer para atacar el flanco derecho del adversario dos horas después de haberse roto el fuego en el ala opuesta. Seguirá el combate mientras quede un hombre vivo.»

Al mediodía se pondrá en marcha la vanguardia del centro. Va á tomar la altura de Casnres, que está en el centro de la línea enemiga. Necesito romper su contacto. Para la operación bastan 2.000 hombres, porque á esa hora la línea se habrá debilitado por atender al ataque de sus flancos. Envío 6.000 hombres, porque perecerán seguramente dos terceras partes al vadear el río dominado por los fuegos de la altura.

Así llegarán ciertamente los 2.000 que se necesitan. Los que sobren no me hacen falta. Ganada la altura y libres ya de sus fuegos, todas nuestras fuerzas pueden pasar el río sin perder un solo hombre y atacar de refresco á la enemiga, que llevará muchas horas de combate.

Orden general para todos los cuerpos:

«No se atacará á fuerzas superiores en número

mientras la inferioridad no esté compensada con otras ventajas accidentales. Si el enemigo, rabioso y ciego, quiere batirse en la proporción de uno á tres, buena pro le haga; pero no le imitéis, y esperad con paciencia ocasión más ventajosa.

»No aceptéis ataque á la bayoneta. Retiraos y seguid tiroteando. Ni empenéis tampoco combate cuerpo á cuerpo como las bestias. Si os llaman cobardes para excitaros y atraeros, no contestar hasta el final de la campaña: en ella sólo quedan mal los vencidos y bien los vencedores.»

¿Quién daba estas órdenes tan fríamente bárbaras que parecían venir de un sér sin naturaleza humana, de un verdugo sin corazón, de un tigre metido en el uniforme de un general hurao é iracundo?

Pues procedían de un viejecillo pequeñeco y endeble, sin casco, porque no podía sustentarlo en la cabeza torcida, y sin espadón, porque no lo necesitaba ni lo mantenía en las manos temblonas; que no andaba á caballo ni al frente de sus tropas, sino que, abrigando su reuma con un mantón de mujer, estábase quietecito y sentado, veinte leguas detrás de su ejército, en lugar seguro, donde no alcanzaba el eco de los cañones, que se ponía nervioso cuando oía un tiro, y se asustaba del bote de un caballo.

Los de Crunia ganaron aquella batalla, y otras después, y la guerra iba prósperamente para ellos.

Pero la tropa no estaba contenta. Los prudentes callaban, mirando el éxito total de las operaciones. La turba grande, de ojos pequeños, la que ve sólo el pormenor, la menudencia y los puntos parciales de las cosas, murmuraba del misterioso director de la campaña.

«Es más fácil mandar que servir, y pensar que morir (decían).

»Es más cómodo pasar el río en el mapa, que pasarlo con el agua al pecho y las balas sobre la cabeza.

»Es más sencillo enviar miles de hombres al matadero que combatir entre ellos con los que están matándolos.

»Desde un cuerpo achacoso y viejo se ejercita muy bien la virtud de la paciencia, y se sufre la humillación ante el insulto que no se oye ni cae sobre la cara. No cabe en los corazones calientes

de la juventud, enamorados del heroísmo histórico, la impasibilidad ante el enemigo que nos provoca, más con su risa de desprecio que con la punta de sus bayonetas, cuando rehuimos el combate cuerpo á cuerpo. La orden se cumple, pero muchos oficiales pundonorosos han tenido que suicidarse para poder cumplirla.»

Las murmuraciones cundían, y pasaron pronto á quejas declaradas. Los soldados, que veían venir sobre ellos la suerte de sus camaradas, la orden de sacrificarse sin socorro ni defensa; los parientes de los sacrificados; los censores de oficio, que siempre tienen tacha que poner al éxito, y plan propio que oponer al ajeno, formaron un partido influyente, una conjuración subterránea á la que no faltaba sino el pretexto para estallar.

Fué una de esas derrotas comunes en los azares de las guerras más afortunadas.

Con las glorias se van las memorias, y con los desastres se van las glorias. Se olvidaron los triunfos pasados para acordarse de los sacrificios presentes, de los muertos sin gloria ni provecho.

Y la sedición acabó con la vida del viejecito y endeble general, para que viese de cerca el hierro y la sangre, y supiera cuán doloroso es el morir.

¡Ira imbécil la de las turbas! ¡Se cortan la cabeza para vengarse del infortunio!

Murió el general, y con él murió el ejército de Crunia. Se fué el alma de aquel cuerpo gigante. La victoria queda á merced de la fortuna, y la fortuna en la guerra pide más sangre que la inteligencia, y se hace pagar más caramente que el cálculo. Las tropas morían matando, pero morían tanto como antes y con menos provecho.

Había muchas hazañas personales, pero menos gloria colectiva.

Entre los mapas, planos y apuntes del general asesinado aparecieron las notas con que comentaba sus órdenes.

Con ellas parecía contestar á los reparos de su conciencia y de sus matadores.

«La misión de ese cuerpo no es la de vencer, sino la de morir. Envío seis mil hombres, para que lleguen dos mil y perezcan cuatro mil.»

Y decía el comentario: Tanto yerra quien pierde soldados sin necesidad, como quien los salva en perjuicio de los demás.

«No se atacará á fuerzas superiores en número», decía otra orden.

Y decía otro comentario:—El sér inteligente no debe de considerar deshonoroso el salvarse del aplastamiento por la masa bruta. Antes bien, quedará deshonorado si perece, porque defrauda á la patria, privándola de un hombre por el egoísmo de su gloria particular.

«No aceptéis combate cuerpo á cuerpo, aunque os llamen cobardes» decía la orden; y decía el comentario:—Para algo se han inventado las armas de alcance, y es estúpido é indigno de la inteligencia humana desperdiciar las ventajas que debe á su estudio. Es más útil á la patria un hombre vivo que mil héroes muertos: los muertos ganan la gloria; pero los vivos ganan la victoria. No os acordéis de lo que hicieron los héroes antepasados, porque no se levantarán para combatir por vosotros. Proceded como si en vosotros hubieran de empezar los héroes de la raza.

Estas y otras semejantes anotaciones fueron aprendidas de memoria y guardadas en ella como preciosísimo tesoro por los que sucedieron en el mando al general de Crunia. Faena estéril, como la del mal estudiante que recita la lección sin penetrarla. Se echaba de menos el cerebro para aplicarlo en la ocasión precisa, la corriente de electricidad invisible que movía á tiempo toda aquella máquina enorme de hierro y carne. Allí permanecían los millares de ojos y de brazos del monstruo. ¿Para qué servían? El monstruo era vencido. Antes se sacrificaban algunos miembros. ¿Y qué? Amputados los brazos, el hombre seguirá viviendo. Arrancados los ojos, el hombre seguirá viviendo. El decapitado perecerá aunque tenga mil ojos y mil brazos. Estos no pueden prescindir de la cabeza; la cabeza puede prescindir de ellos.

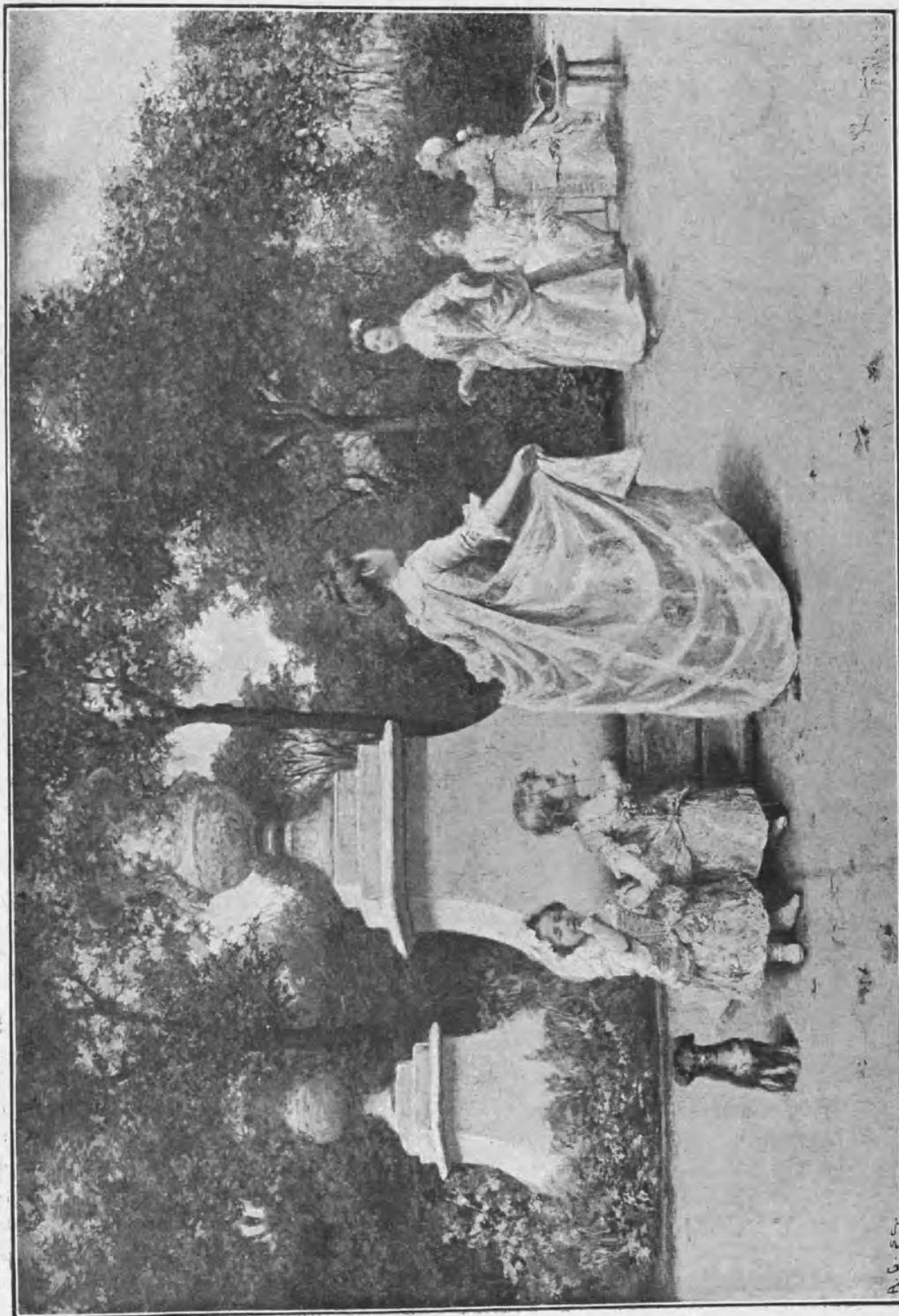
Los soldados de Crunia se convencieron de que es más fácil morir que pensar. ¡Desgraciados los que no saben pensar ni morir!

EUGENIO SELLÉS.



VENDIENDO AMOR.

Cuadro de Lemeunier.



**EL ESCONDITE.**

Cuadro de Llaneces.



## TOLÍN.

### I.

LA villa costera de Posadorio tiene ancha entrada por el lado del Cantábrico, pero angosta y retorcida por el lado de la tierra. Su caserío se apiña en un hondón del cantil rocoso, sirviéndole de espaldar el recuesto del monte; de modo que para meter allí la carretera hubo que abrir tajo en la escarpa que baja hasta la orilla. Aquello es un medroso pasadizo angostado entre el renegrado muro del declive y las peñas batidas por la mar, y que después de retorcerse por los recodos del tajo, da acceso al puerto de Posadorio; y desde el puerto trepa por la escarpa, se desliza entre roñosas viviendas de pescadores, hasta dar con el pórtico de la iglesia en un altozano que á media ladera del monte atalaya la mar y domina la villa.

Todas las casucas son chatas, mugrientas y apretadas unas contra otras, como si todas se defendieran con mutuo amparo de los duros marretazos. De un lado, la mar que golpea el peñascal en que se cimenta Posadorio, socavándolo con su labor tozuda; del otro lado, la escarpa humedecida y negreada por las chorreras lamedoras de los negros tormos que avanzan en el abismo y se ciernen inseguros sobre el roñoso caserío apiñado ante el doble peligro del mar y de la tierra.

Enaquel rincón manido, entre el tajo del monte y el mar abierto, los hombres no pueden ser otra cosa que pescadores: todos los hombres de Posadorio viven de la pesca; allí hasta el cura tiene

su bote para salir mar afuera; y parece lo más razonable que así sea, porque es lo cierto que sus feligreses, más veces necesitan de él en la mar procelosa que sobre la tierra firme. Sobre el peñascal muere de cuando en cuando alguno que otro viejo de los que la mar desdeñó tragarse un día; sobre el peñascal muere también el mujerío de Posadorio; pero los hombres recios y robustos, la mocedad de la villa, muere en la mar. En un día, en unas horas, de marea á marea, se sorbe el Cantábrico un veintena de mozallones de Posadorio. En espera de los días tormentosos, la chalona del señor cura permanece amarrada á una argolla del puerto, columpiándose en el ondulado remanso de las aguas muertas y acariciando los verdesos sillares del muelle con el balanceo del oleaje manso.

### II.

Todas las traineras fueron saliendo á la mar: había comenzado la costera de la sardina. Aquellas embarcaciones, cuando están amarradas en la dársena, se juntan y se apiñan como las casucas del pueblo; el velamen á medio arriar negrea de mugre, como las fachadas de las viviendas negrean de roña. Pero llegada la hora de hacerse á la mar, las embarcaciones rompen la querenciosa compañía, el dulce arrimo de buenas compañeras, para salir briosas á crearse lejos del hondón triste, mientras el caserío, en medroso apelmazamiento, se agazapa bajo el cantil, semejante á una excrescencia

de la roca. Las mujeres de Posadorio, cuando las lanchas van lejos, ven las velas mugrientas que resplandecen de blanca sobre el horizonte; los hombres desde sus traineras ven las roñosas casas de la villa, que refulgen de blancor sobre el recuesto del monte.

A media tarde cayó el nordeste, y á la media hora saltó un suestazo recio que echaba sobre la mar sus bocanadas calientes, encrespándola y embraveciéndola.

Todo el mujerío de Posadorio se asomó al muelle del puerto; los golpetazos del mar contra la piedra ahogaban la greguería de imprecaciones, gañidos y lamentos. Unas mujeres lloraban, otras parecían increpar las olas, bramando con rugidos fieros; algunas, las menos, permanecían silenciosas, avizorando serenas la mar embravecida.

Fueron entrando una á una las traineras. Cada embarcación que doblaba la punta del puerto, era una veintena de hombres en salvo, y al verlos entrar las mujeres, agolpándose y empujándose, enronquecían en el clamoreo, ansiosas por ver lo que entraba.

Al cerrar la noche, sólo faltó una trainera en el puerto de Posadorio.

### III.

Pasaron dos días y no pareció aquella lancha; ni rastro de ella. El vecindario de Posadorio volvió á la monótona mansedumbre de su vida; era como la mar que se encrespa y se encalma al capricho de una mano de viento.

Solamente la *Juaca* siguió esperando la trainera porque iba en ella *Tolín*, un mozallón de lo más valiente, de lo mejor plantado entre los mocetones de Posadorio. *Tolín* era el hijo único de *Juaca*, y la infeliz mujer pasó aquellas dos noches en espera ansiosa; al rayar el alba subía *Juaca* por las angostas callejuelas, camino de la iglesia, para pedir á Dios, en larga sarta de rezos, la vuelta del *Tolín*.

Pero ni *Tolín* ni sus compañeros de tripulación parecían por Posadorio.

### IV.

Amaneció el tercer día después de la catástrofe. Era triste la aurora en el hondón de Posadorio; la luz amarillenta se difundía sobre el mar, y á su claror mortecino el cantil negro parecía paño fúnebre cayendo desde el monte. Por las callejucas angostas penetraba la claridad macilenta; el mar era un lago de aguas oscuras, casi negras. En el altozano, á media ladera, veíase dominando el caserío la silueta de la iglesia.

*Juaca* salió de su casa para pedir otra vez al cielo la vuelta de *Tolín*, su único hijo. Iba despacio; aún allá arriba el sacristán no habría abierto las puertas; las calles, retorcidas y estrechas, estaban solitarias. En la vuelta de un recodo, *Juaca* vió á lo lejos un hombre que andaba como ella, lentamente.

—Si *paez* el *Tolín*—se dijo á sí misma *Juaca*.

El hombre avanzaba con lentitud pausada y lerdá. *Juaca* avanzó también con paso remoroso; llegaron los dos á verse frente á frente. La luz del crepúsculo aún era tibia y amarilla.

La vieja arrebuja en un mantuco parose ante el mozallón; el mozallón parose ante la vieja.

La luz de la alborada los envolvía en claror macilento. Y *Juaca*, sin moverse, dijo:

—¿Eres tú, *fiu*?

—Soy yo, *mae*.

—¿*Onde ibes*?

—Iba *pa* casa. Y tú ¿*onde ibes*?

—Iba *pa* misa.

Seguió un largo silencio. El naufrago y su madre se miraban en mitad de la callejuela solitaria que la luz de la aurora comenzaba á teñir con tonos de rosa. Habló al fin *Juaca*:

—Mira *Tolín*, daré la vuelta, *diré pa* casa. Traerás *jame* y *voy facete unes sopines*.

Y *Juaca* dió la vuelta y echó á andar calle adelante lentamente. El *Tolín* echó á andar detrás de *Juaca*, también pausada y lentamente.

FRANCISCO ACEBAL.

# AZULES, PARDOS & NEGROS

I.

**T**RABAJABAN los dos obreros en la misma nave de la fábrica.

Bajo las correas de la máquina estrepitosa, que daban vueltas incessantes moviendo las ruedas engranadas, los hombres y las mujeres se hallaban separados por un férreo balancete de poca altura, la necesaria para marcar la división entre ellos y ellas.

*Él*, dedicado á rudísimo trabajo, en un batán de donde el vapor salía acompasa-



damente en blancas nubecillas, como bocanadas del aliento de un monstruo, estaba con la blusa azul empapada en sudor, arremangados los brazos nervudos y mostrando el pecho de adolescente, desarrollado por aquella gimnasia que robustecía los músculos.

*Ella*, ante un aparato que convertía las húmedas guedejas de lana en ingrúvida tela que se enrollaba en un gran cilindro y desaparecía por un boquete abierto en el suelo, cuidaba sólo de que el mecanismo funcionase con regularidad, con trabajo poco penoso, propio para seres de escasa fuerza. Vestía de negro y cubría su cabeza gentil con un pañuelo blanco, bajo el cual asomaban, como escapándose, ricillos dorados de una ondulante cabellera.

*Él* tenía los ojos negros; *Ella* azules.

II.

Á pocos metros de distancia, oyendo sin cesar el ruido ensordecedor de la maquinaria, veíanse todos los días en las horas que duraba el trabajo. Al llegar la de la comida y el descanso, *Ella* se iba con las obreras y *Él* con sus compañeros.

Bien hubiera querido *Él* hablar con *Ella*, decirle algo, siquiera un *buenas tardes* afectuoso; pero se hallaba prohibida la conversación de los obreros en las naves, bajo severísimas penas, y al salir de la fábrica, lo mismo que al entrar, *Ella* iba siempre acompañada por su madre, una vieja con cara de pocos amigos.

La fábrica estaba en el campo; vivía *Él* á seis kilómetros de distancia, y para recorrerlos á pie al ir y al volver, no tenía tiempo de entretenerse si había de llegar con puntualidad al trabajo y á cenar con su madre, que le esperaba impaciente en la aldea.

*Ella* debía de vivir también muy lejos y por el lado contrario; no había, pues, ocasión ni medios de comunicarse.

III.

La primera vez que se hablaron con los ojos, único diálogo posible, los negros dijeron así á los azules:

— ¡Qué bellos y qué dulces sois! Parecís dos pedazos de cielo.

Y los azules, después de parpadear tímidamente, contestaron:

— Sois muy hermosos: parecís dos cuentas de azabache, y brilláis como soles.

Desde aquel día los azules y los negros siguieron hablando siempre que pudieron, entre el zumbido de los volantes y el fragor horrible de las poleas y el golpe rudo de los batanes y el rechinar de los cilindros, aprovechando un segundo, relampagueantes como centellas.

Por las mañanas no faltaba el saludo, la bienvenida, cada vez más expresiva y cariñosa; por las tardes la despedida, el adiós de los enamorados, tan triste aunque sea *hasta luego*.

En medio de la continua tarea, los negros decían algunas veces:

— ¡Qué trabajo tan rudo! Y, sin embargo, temo

que llegue la hora del descanso, porque es la hora de no verte. Aquí, junto al batán, que abre los poros de mi carne y rinde mis fuerzas, soy dichoso porque puedo mirarte.

Los azules contestaban:

— ¡Qué aburrimiento! Cuidando de que la teli-lla apenas formada no se enrede y siga su curso siempre igual, inacabable, como los días que no



te veo, me consuelo no más mirándote á hurtadillas de todos.

— Aquí— dicen los negros— está prohibido el hablar, pero eso no reza con nosotros. ¿Qué cosas te digo, eh? ¿Las entiendes todas?

— ¿Cómo lo dudas si ves que te contesto?

IV.

Otra obrera, jovencilla también, muy linda y vivaracha, vino á ocupar puesto junto á la de los ojos azules.

El obrero la miró con indiferencia, pero la miró. Los ojos azules, al notarlo, chispearon de ira y de celos.

—No seas tonta —dijeron los negros con vehemencia;—no quiero á nadie sino á ti, ni hay para mí en el mundo más mujer que tú.

—¿De veras?

—Te lo juro.

—Es que si mi hicieras traición, me moriría. Y al decir esto se humedecieron.

Los negros entonces, ardientes como ascuas, hicieron protestas de un amor infinito, y las dos miradas en el espacio se dieron un beso dulce, casto, prolongadísimo.

#### V.

La obrera recién venida, la que despertó los celos de los ojos azules, los tenía pardos, muy grandes y muy expresivos: unos ojos habladores y chispeantes de gracia.

Bien pronto sorprendieron el diálogo mudo de los amantes, y al cruzar su mirada con la del obrero, le dijeron así:

—Eres un guapo mozo; repara en mí, que tampoco soy despreciable. Esta rubia es muy sosa.

Y esto lo decían como haciendo seductoras promesas. Podía decirse que al hablar de aquella manera sonreían. En tanto los azules miraban amorosos, llenos de candor y de inocencia.

Los ojos negros dijeron á los pardos:

—Sí que sois rasgados y hermosos; vuestras pupilas lucen alegres como una fogata entre esas pestañas sedosas y largas; pero aquellos azules tienen una dulzura que embelesa.

#### VI.

Una tarde, al salir de la fábrica la obrera de los ojos pardos, ligera y decidida, sin recatarse, á la vista de todos, tomó el mismo camino que el trabajador de los ojos negros.

Estos, que siempre á hurtadillas de la madre rígida y seria se despedían de los azules con una mirada intensa y larga, dijeron un adiós muy cariñoso, más apasionado que nunca, para contrarrestar sin duda la penosa impresión que les pro-

duciría ver á la obrera de los ojos pardos seguir aquel desacostumbrado camino.

Los ojos azules siguieron la marcha del obrero, no tan lenta como otros días, hasta que desapareció tras un recodo, y entonces.... se llenaron de lágrimas.

Pocos momentos después, el trabajador y la obrera no hablaban con los ojos, sino con los labios. Conversación alegre, propia de gente moza; diálogo más picaresco que amoroso y con más risas que palabras.

Los dos compañeros de trabajo separáronse pronto, porque ella vivía también lejos y en dirección contraria; pero entre bromas y veras, quedaron citados para el siguiente día, y aquél para el otro, y así los sucesivos.

Ya desde entonces, en el diálogo de los ojos azules con los negros había reproches y quejas, ya intervenían en él los ojos pardos con centelleantes amenazas de odio.

Y los azules, enrojecidos por el llanto y por el insomnio, miraban á los negros como pidiendo compasión.... ó no los miraban y se humedecían.

#### VII.

Faltó una semana al taller la obrera de los ojos azules; cuando volvió no parecía la misma. Sus lívidas ojeras, su palidez mate, la demacración de su rostro, indicaban el sello de una mortal dolencia.

—¿Qué tienes?—preguntaron los ojos negros con interés vivísimo, desafiando la mirada de los pardos, que se clavaba como una flecha.

—¿Qué tengo me preguntas? Ya lo sabes—contestaron los azules llorando;—una pena muy honda en el pecho, un dolor muy grande en el alma.

Y cuando los negros, más compasivos que amorosos, iban á consolar á los azules, los pardos cortaron aquella mirada con una suya penetrante, fija y cruel.

Pasando alternativamente de los negros á los azules, dejó á éstos sin esperanza, y obligó á los otros á cerrarse con tímido pudor.

Entonces los azules se inundaron en llanto, y la obrera infeliz, sin reprimir ya los sollozos que la ahogaban, abandonó su puesto y salió del taller, adonde no volvió aquella tarde.

—¿Por qué has hecho eso?—preguntaron los ojos negros á los pardos.

Y éstos, fulgurantes como nunca, respondieron en aquel tremendo diálogo mudo:

—Porque tus miradas han de ser para mí, para mí sola. Si no, ¡ay de los azules, ay de los pardos, ay de los negros!

VIII.

Aquella noche la inicua traición tuvo su premio en el verde senderillo de la montaña.

Algunos días después, en aquel mismo sitio, cuando los ojos negros y los pardos, á la luz pálida de la luna, confundían en una sola dos miradas ardientes; cuando sus pupilas brillaban con resplandores de ascua y dilatadas como por el asombro cambiaban frases que la palabra no sabía expresar, allá lejos, en una casita de la aldea, los ojos azules, vertiendo sus últimas lágrimas, se cerraban para siempre!

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.



FAMILIA FELIZ.



## ¡Por las narices!

¿Y habrá de ser eterna la injusticia  
Con que os dejaron en completo olvido,  
No sé si por pereza ó con malicia,  
Los muchos vates que en el mundo han sido?  
¿No habrá, entre tantos, uno más despierto  
Y de tan recta condición, que quiera  
Venir á enderezar tamaño entuerto?  
Oye, oh vate, su queja lastimera;  
Acude á quien te implora,  
Y con tu fantasía creadora  
Defiende á las narices infelices  
Que padecieron tanto!  
Poeta Lohengrin, ¡entona el canto;  
Que hoy tocan á cantar *por las narices!*  
Dime, oh bardo elegante,  
Que, siempre *sin enojos*  
(Pues así lo dispuso el consonante),  
El astrónomo fuiste de los ojos;  
Díme, ilustre tornero de los cuellos,  
Joyerero de la boca y los cabellos  
Y florista de labios y mejillas;  
Tú, que encontraste tantas maravillas  
Y encantos tales en el rostro humano,  
De la barba á la frente,  
¿Cómo, diablos, me explicas el arcano  
De no haber encontrado... *el más saliente?*  
¡No, vate; no me vengas á estas horas  
Diciendo que lo ignoras,  
Y si entre dudas tu razón se agita...  
Tócate las narices, y medita!  
¡En su tamaño y posición repara  
Y en lo piramidal de su figura,  
Por donde la importancia se declara  
De ese obelisco que plantó Natura  
En la mitad de en medio de la cara!  
Ve, con la detención que se merece,  
Notando cómo adorna y ennoblece  
Á las demás facciones naturales,  
Y dí si no te espanta y estremece  
Ver sin nariz la faz de los mortales,

Que á cosa tan distinta se parece!  
Pero no solamente al rostro ofrece  
Su heráldica función decorativa.  
Práctica y positiva,  
Por el bien de su dueño se desvela,  
Y es torre de su gusto defensora  
Donde el olfato está de centinela.  
¡Y defendiendo el rostro que decora,  
En ella van á *dar golpes* y olores,  
Sospechas y temores!  
Jamás rendida en sus combates rudos,  
Y en vela siempre por su dueño amado,  
Ella toca á rebato, en estornudos,  
Cuando asalta su cuerpo el constipado.  
Y como sólo con su bien se engríe,  
Y como sólo con su mal padece,  
Se dilata si el dueño se sonríe,  
Y se *atufa* si el dueño se enfurece.  
¡Modelos de paciencia y de dulzura,  
Ni siquiera las pobres se impacientan  
De ser cabalgadura  
De las cosas que al amo le revientan!  
¿Dónde habrá servidor tan comedido  
Que á tal extremo su respeto lleve  
Cual la nariz, que ni á roncar se atreve  
Hasta después que el amo está dormido?  
¿Llegas, oh vate, á sostener la lucha,  
En alas de tu ardiente fantasía?  
Enhorabuena vengas; pero escucha,  
Porque hay más todavía.  
Para mí, la nariz es monumento  
Que empieza á levantar el pensamiento  
El día en que comienza su reinado.  
Porque tengo advertido y observado  
Que mientras nace el bruto y el instinto  
Se lo encuentra de pronto,  
Sigue el hombre al nacer rumbo distinto.  
¡Romo de faz, de inteligencia ciego,  
El niño nace chato y nace tonto!  
¡La nariz y el talento vienen luego!

Y paralelamente,  
 Conforme agranda su poder la mente,  
 Del rostro la nariz se enseñoa:  
 ¡Cómo si la empujara de la frente  
 El incesante golpe de la idea!  
 ¡Ah! ¡El inventor de aquel refrán añejo  
 Que asegura que el rostro es el espejo  
 Del alma, usó del arte  
 Del tropo, y tomó el todo por la parte!  
 Pero yo, sin sinécdoque, aseguro  
 Que el espejo más claro y el más puro  
 Es la nariz.

La recta y delicada  
 Del heleno perfil, la remachada  
 Del negro, la aguileña  
 De César Imperátor, la menuda  
 De Cleopatra, la grande y la pequeña,  
 La redonda y la aguda,  
 La gruesa y la delgada,  
 Y la bobalicona acaballada,  
 Y la provocativa respingona,  
 Muestran la condición de la persona!

Comprueba estas verdades evidentes  
 En históricas fuentes,  
 Y en bustos y en medallas y en escudos  
 Mide narices y examina nombres,  
 Para que veas que los grandes hombres  
 Fueron también los grandes narigudos!  
 ¿Lo viste al fin, altísimo poeta?

¿Viste que no es dudosa disyuntiva  
 El tener narizota ó narigueta?  
 ¿No es cierto que advertiste  
 En la cara ceñuda y pensativa  
 Del chato la expresión de un alma triste?  
 Sí, vate: el chato es fúnebre y sombrío  
 Y aborrece el espejo y el retrato.  
 Por eso, al ver un romo al lado mío  
 Que hace que vive alegre, no me fío,  
 Que á mí no me la pega ningún chato!  
 Yo prefiero el tamaño á la figura,  
 Y por eso agradezco  
 Que, pródiga, me diera la Natura  
 Una nariz... que no me la merezco!

Mil veces esta idea  
 Fué mi consuelo en trances de la vida:  
 Y al mirar que una dicha apetecida  
 Huye veloz á que otro la posea,  
 Me serena, me anima, me hace fuerte  
 Y me consuela en horas infelices  
 La consideración de que la suerte  
 Me deja... *con un palmo de narices!*

¡Oh vate! Lanza ya tus melodías  
 Y en ti comience el lírico certamen;  
 ¡Que en rededor tendrás de tus poesías  
 Narices redimidas que te llamen  
 El *Ovidio Nasón* de nuestros días!

CARLOS LUIS DE CUENCA.



CANCIÓN VESPERTINA.

Cuadro de E. Maxence.



EN MARCO ANTIGUO.

Cuadro de M. F. Charderon, grabado por Braun Clement y Compañía.

# LA MODA ELEGANTE



PERIÓDICO ESPECIAL DE SEÑORAS Y SEÑORITAS, INDISPENSABLE EN TODA CASA DE FAMILIA

Administración: Arenal, 18, Madrid.

Madrid, 30 de Septiembre de 1902.

Año LXXI. — Núm. 36.



Elegante toilette para señorita ó señora joven.

AÑO LXIV

# La Moda Elegante Ilustrada

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

## EN MADRID

### EDICIÓN DE LUJO

(Única completa.)

Un año, **36** pesetas;  
Seis meses, **18**; Tres meses, **9**;  
Un mes, **3**.

### EDICIONES ECONÓMICAS

#### SEGUNDA EDICIÓN

Un año, **24** pesetas;  
Seis meses, **12**; Tres meses, **6**;  
Un mes, **2**.

#### TERCERA EDICIÓN

Un año, **18** pesetas;  
Seis meses, **9**; Tres meses, **4,50**;  
Un mes, **1,50**.

#### CUARTA EDICIÓN

Un año, **12** pesetas;  
Seis meses, **6**; Tres meses, **3**.  
Un mes, **1**.

## EN PROVINCIAS

### EDICIÓN DE LUJO

(Única completa.)

Un año, **40** pesetas;  
Seis meses, **21**; Tres meses, **11**.

### EDICIONES ECONÓMICAS

(Sólo para España y Portugal.)

#### SEGUNDA EDICIÓN

Un año, **24** pesetas;  
Seis meses, **12**; Tres meses, **8**.

#### TERCERA EDICIÓN

Un año, **18** pesetas;  
Seis meses, **9**; Tres meses, **5**.

#### CUARTA EDICIÓN

Un año, **14** pesetas;  
Seis meses, **7**; Tres meses, **4**.

## DEMÁS PAÍSES DE EUROPA

Un año, **50** francos. — Seis meses, **26**. — Tres meses, **14**.

En **PORTUGAL** rigen los mismos precios que en provincias, á razón de 180 reis por peseta.

Las suscripciones deberán empezar precisamente desde 1.º de cualquier mes.  
Tanto de **La Moda Elegante Ilustrada**, como de **La Ilustración Española y Americana**, se facilitan números de muestra, gratis, en las principales librerías y por su

Administración, Arenal, 18, Madrid.

# ÍNDICE GENERAL.

## TEXTO.

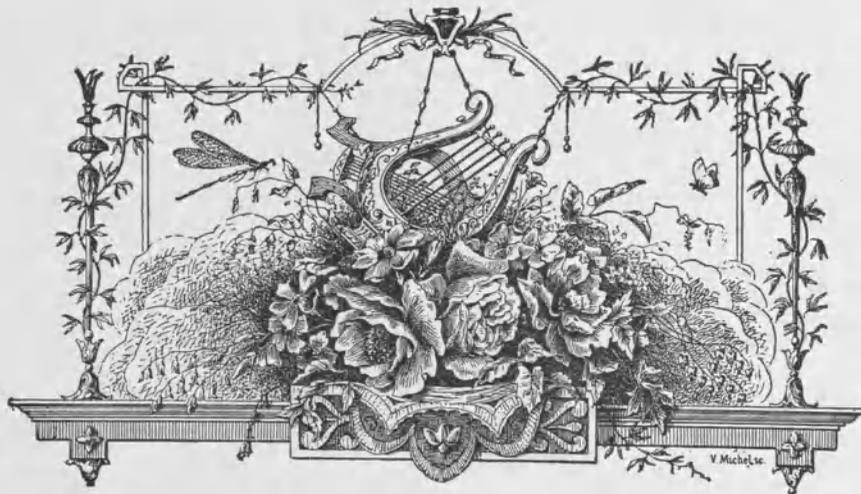
	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
PRELIMINARES: Año religioso, por D. J. M. S. . . . .	9	El peine de oro, por D. José Cánovas y Vallejo. . . . .	57
Anuncios astronómicos, por D. M. V. . . . .	9	El cielo en 1905, por D. José J. Landerer. . . . .	61
Santoral. . . . .	11 á 22	Ritornello, por D. Alejandro Larrubiera. . . . .	67
Hoja en blanco, poesía, por D. Juan Antonio Cavestany. . . . .	23	Diálogo madrileño, por D. José Fernández Bremón. . . . .	72
El tonto de la Mudarra, por D. A. Sánchez Pérez. . . . .	26	El luto, poesía, por D. R. de Córdoba. . . . .	73
Aislamiento, poesía, por D. Emilio Ferrari. . . . .	32	De cómo y cuándo recibió muerte Don Quijote, por D. José de Elola. . . . .	76
Grande en chico, por D. José María Sbarbi. . . . .	33	El Cristo de Candás, poesía, por D. José Jackson Veyán. . . . .	79
El Alcalde de Alcorcón, por D. Rodrigo Amador de los Ríos. . . . .	40	La barca, por <i>Angel Guerra</i> . . . . .	80
Las bodas de Don Quijote y Dulcinea, poesía, por D. Manuel Reina. . . . .	43	Los pobres, poesía, por D. M. R. Blanco-Belmonte. . . . .	85
Pintura y realidad, por D. J. Francos Rodríguez. . . . .	46	Medula y masa, por D. Eugenio Sellés. . . . .	90
El ídolo, por D. J. Sánchez Gerona. . . . .	47	Tolín, por D. Francisco Acebal. . . . .	94
Palabra de hombre, por D. Arturo Reyes. . . . .	53	Azules, pardos y negros, por D. M. Ramos Carrión. . . . .	96
		Por las narices, poesía, por D. Carlos Luis de Cuenca. . . . .	100

## GRABADOS.

	<u>Págs.</u>		<u>Págs.</u>
Ilustraciones del Santoral, por D. Mariano Pedrero. . . . .	11 á 22	Ilustración de «Aislamiento», dibujo de D. J. M. Lumbreras. . . . .	32
Sobrepuerta, de D. José Llaneces. . . . .	24	Preludio, cuadro de Kiesel. . . . .	38
Sus favoritos, cuadro de Jardon. . . . .	25	La gallina ciega, cuadro de D. José Llaneces. . . . .	39
La <i>toilette</i> de las muñecas, cuadro de Laurent Desrousseaux. . . . .	29	Ilustración de «Las bodas de Don Quijote y Dulcinea», bajo relieve de D. Lorenzo Coullaut Valera. . . . .	43
A la mar, cuadro de D. Joaquín G. Ibaseta. . . . .	30	¡No viene....!, cuadro de Camilo Bellanger. . . . .	44
Un secreto importante, cuadro de Wimsch. . . . .	31		

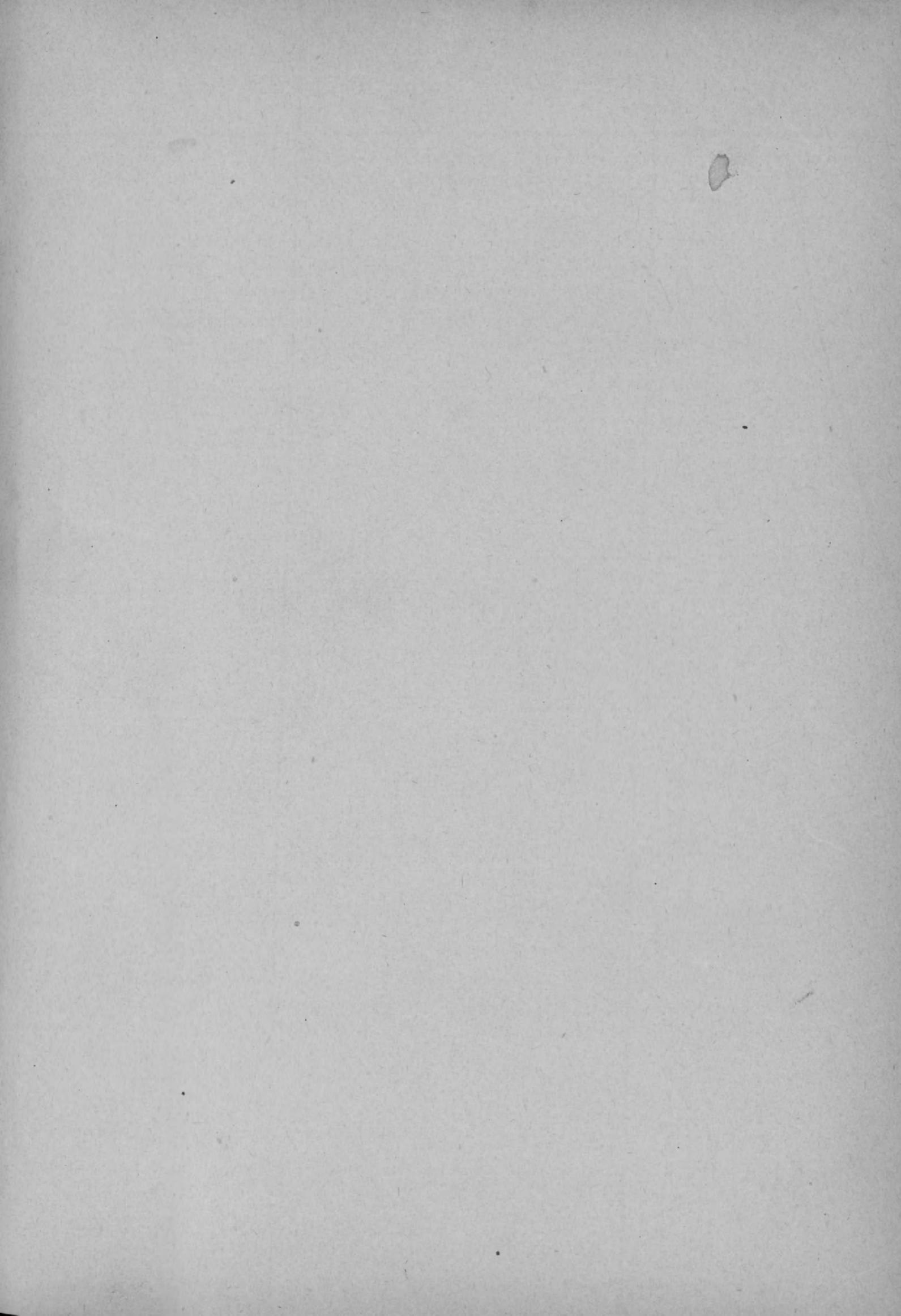
ÍNDICE.

<u>Págs.</u>	<u>Págs.</u>
¿Quién teme más?, cuadro de Mœt.....	45
Ilustración de «Pintura y realidad», dibujo de don J. M. Lumbreras .....	46
Ilustraciones de «El ídolo», dibujos de D. J. Sánchez Gerona.....	47 y 50
Sobrepuerta, de D. José Llaneces.....	51
Lectura interesante, cuadro de Brandseph.....	52
Ilustraciones de «El peine de oro», dibujos de don Luis Palao.....	57, 58 y 59
En el campo, cuadro de Seifert.....	65
Regateando, cuadro de Torriglia.....	66
Ilustraciones de «Ritornello», dibujos de D. Mariano Pedrero.....	67, 70 y 71
Asedio de una plaza, cuadro de Orezn.....	74
En el lago, cuadro de Paoletti.....	75
Antes de la procesión, cuadro de Entraygues.....	75
Lección de lectura, cuadro de Kaulbach.....	78
Ilustraciones de «El Cristo de Candás», dibujos de D. Luis Palao.....	79
Ilustraciones de «La barca», dibujos de D. Antonio de Caula.....	80, 81, 82 y 83
La comunión, cuadro de D. José Gallegos.....	84
Ilustraciones de «Los pobres», dibujo de D. Mariano Pedrero.....	85, 86 y 87
El cuento de la abuelita, cuadro de Hoecker.....	88
Campesina, cuadro de Bellanger.....	89
Días felices, cuadro de Deully.....	89
Vendiendo amor, cuadro de Lemeunier.....	92
El escondite, cuadro de D. José Llaneces.....	93
Ilustración de «Tolín», dibujo de D. Antonio de Caula.....	94
Ilustraciones de «Azules, pardos y negros», dibujos de D. J. M. Lumbreras.....	96 y 97
Familia feliz.....	99
Canción vespertina, cuadro de Maxence.....	101
En marco antiguo, cuadro de Charderon.....	102
VIÑETAS VARIAS: 8, 23, 26, 33, 37, 40, 42, 53, 56, 61, 63, 64, 72, 76, 90 y 100.	









10000 ft







1024299

